

Quica Estenssoro

Violeta de Oro (Cuento)

1956

© Rolando Diez de Medina, 2013
La Paz - Bolivia

INDICE

Prólogo
Violeta de oro
Una extraña melodía
Felicidad
Por el dominio perdido
Blanca Rosa
La locura de Francisco
De nuestro mediterráneo
Gaucho feroz
Beatriz
Tumba de azahares
En el Crucero
Destino cruel
Lucha de razas
Expiación
Azucena
Males del siglo
Era un aire suave

PROLOGO

...«Su boquita chica y roja como una guinda y su hermosa cabellera rubia, que le caía descuidadamente sobre sus espaldas, le daban un aspecto de muchachita apacible e incapaz de un acto heroico, más el fulgor y la profundidad de su mirada denotaban el temple de su alma, al mismo tiempo que la dulzura de su corazón»...

Así se expresa Quica Estenssoro en una de las narraciones de este bello libro, a la vez ingenuo y penetrante, al describir a su protagonista. Y bien, cuando leía esa página pensé en seguida que ese perfil de mujer cuadraba bien a la joven autora, rubia, bella, de lánguido y hondo mirar, tan niña que pareciera incapaz de lanzar, a la publicidad un libro de verdaderas «violetas de oro».

En realidad, también, es un acto heroico, para una niña, el realizar esta obra en estos tiempos en que las danzas ligeras o los sports agradables absorben las vidas de esas flores de ilusión, que se abren a las brisas tentadoras o a los mariposeos del amor.

Se necesita una voluntad ordenada, un esfuerzo intelectual grande, una disciplina consciente de lecturas provechosas, un caudal de observación bien nutrido, para realizar una obra como ésta, que no sólo se recomienda como una hermosa iniciación y una promesa palpitante, sino como un fruto dorado y temprano.

Cuando el capullo sea flor y la vida perfile, con sus halagos, sus dolores, sus experiencias, sus triunfos y hasta sus desesperanzas esta silueta de mujer talentosa y bella, la escritora surgirá definitivamente en un despliegue magnífico de arte y distinción.

Hay, para mí, en este primer libro de Quica Estenssoro, toda una esperanza para las letras de Bolivia; esperanza que para un argentino no puede ser sino un augurio feliz. Y ya que hablo de argentinos, encuentro un no sé qué en el estilo, en la concepción de los argumentos, en el lleno viril de la narración, que me recuerda a nuestra Juana Manuela Gorriti, tan vinculada a las letras bolivianas.

Sería para mí un gran presagio augurar a la niña angelical de estas Violetas - que se despliega como un lirio de los campos, al beso de los aires mañaneros, engalanando las letras bolivianas, - una figura culminante en el camino que inicia, un puesto de primera fila entre las escritoras de esta tierra, tan hermanada a la mía.

HORACIO CARRILLO



EN Potosí y en una de las noches más frías del mes de junio, cuando los blancos copos de nieve caen sin cesar, cubriendo con la blancura de su manto la ciudad y el cerro que encierra los grandes tesoros más grandes del continente descubierto por Colón. El frío penetrante cruza por las calles, reinando en ellas profundo silencio. La plaza tiene aspecto de cementerio; ni un alma anda por allí, y los pocos árboles, desnudos de sus verdes hojas, están revestidos de blanco, pareciendo fantasmas levantados de sus tumbas. Todo infunde terror, y de cuando en cuando, una ráfaga de viento pasa susurrando y llevándose el lastimero piar de una avecita que muere aterida por el frío.

El reloj de la iglesia Matriz interrumpió aquel hondo silencio; marcaba las 9 de la noche. Toda la ciudad dormía y sólo en una casa de bello aspecto brillaba la luz de tenue lamparilla. Ahí vivía el señor Teodosio Cruz con su familia.

Don Teodosio tenía reputación de hombre feliz; Su esposa María reunía los encantos de una mujer perfecta, bella, virtuosa e ilustrada; era la dicha de su hogar y su alegría una linda niña de ocho años llamada Eugenia.

Teodosio en su juventud había sido muy desgraciado; pero su suerte cambió apenas casado con María, y por eso solía decir que ella era su talismán.

* * *

Aquella noche los dos esposos hallábanse en el escritorio; sentados ambos en cómodos fauteuils, uno frente al otro, delante de la chimenea. Charlaban tranquilamente, hasta que la entrada de la pequeña Eugenia los interrumpió. Al verla, María, la regañó dulcemente:

Cómo es eso, niña mía? ¿Hasta ahora no me obedeces? Anda y acuéstate, hace mucho frío y puedes enfermarte.

La niña humildemente bajo la cabeza y volvió sobre sus pasos, pero al acercarse a la puerta cambió de actitud y se fue a sentar en las rodillas del padre, diciéndole a María:

-Perdóname, mamacita; pero esta noche no me has contado un cuento, y como he encontrado esta violeta, que me dijiste tenía una historia, quiero que me la cuentes.

-Yo también tengo curiosidad por saberla - dijo el padre.

-Bien, contare el cuento; pero reclamo la prenda -, replica la madre.

-Te la devolveremos cuando termines, mientras tanto la tendrá papá -y diciendo esto, Eugenio entregó a Teodosio una fina cadenita, de donde pendía una imitación de la modesta flor en metal precioso.

Afuera seguía más intensa la nevada, aumentando la tristeza del silencio de muerte en que reposaba la tierra.

* * *

-Esta relación que voy a contaros, es de la triste época de la juventud de mi madre. Llamábase Eugenia. Es por eso, hija mía, que tu llevas ese nombre. Era española, nacida en Asturias; pertenecía a una pobre familia de campesinos y habiendo muerto su madre, quedó a merced de su padre, que era un hombre burdo, sin sentimientos de ninguna especie, pues la maltrataba cruelmente y la hacía trabajar más de lo que sus fuerzas permitían.

La única que quería y consolaba a Eugenia era una vieja sirvienta, a quien la tenían por bruja en la aldea, debido a su extremada fealdad. Esta mujer había conocido a la madre de Eugenia, que antes de morir le rogó velase por su hija, porque presentía la vida que pasaría al lado de su padre feroz.

Una tarde que Eugenia volvía a la hora del crepúsculo con las ovejas que llevó al monte, notó que había perdido tres, y temiendo las iras de su padre volvió inmediatamente sobre sus pasos, recorriendo sin resultado praderas y pastales; mientras tanto en su cabaña el padre se enteró de lo que ocurría y en un momento de cólera propinó otra de las acostumbradas palizas sobre el delicado cuerpo de Eugenia. Ella, entonces, no pudiendo soportar por más tiempo tan malos tratos, pensó en huir de la casa paterna.

Y sin decir nada a nadie, cuando la noche extendía sobre los campos su manto de sombra y de misterio, se alejó de la casa cautelosamente, y estando ya algo apartada de ella, sentóse sobre la hierba para descansar de su acelerada carrera.

Su esbelta figura recibía la caricia de los rayos de la luna que en un cielo claro esparcía sobre la tierra sus plateados reflejos. Lloraba Eugenia, mientras el cristalino arroyo seguía su curso, siempre cantando y arrullando a las dormidas flores de las orillas y a las tiernasavecillas que en los cercanos sauces tenían su nido. Como ellas la campesina quedó dormida, y sólo despertó cuando ya había amanecido. Al abrir los ojos lo primero que vio fue un hermoso lirio; ágilmente fue a cogerlo y cuando su pequeña mano iba a cortar el cáliz de la flor, notó que en él algo brillaba y, curiosa, sacó esa violeta. Sorprendida del hallazgo lo examinó por todas partes, hasta que encontró un pequeñísimo resorte; lo tocó e inmediatamente se levantó uno de sus pétalos que tapaba esta inscripción: «Mujer, no abandones jamás el hogar donde se meció tu cuna».

Sintióse entonces arrepentida de lo que había hecho, y volvió a su casa sin que nadie llegase a saber su aventura.

Todo había sido previsto por la sirvienta, a la que creían bruja. Ella siguió a Eugenia mientras se alejaba de casa, y, al verla descansar, esperó un momento para detenerla si seguía adelante; pero, viéndola dormida, se acercó y colocó la violeta de oro en el cáliz de la flor, en forma que por su brillo llamara la atención a Eugenia.

Ella, sin sospechar nada, se la enseñó a la sirvienta, diciéndola que la había hallado en el campo. -Esto es un talismán, dijo ella, trae la buena suerte, así que procura conservarlo -, y sacando de su faltriquera una cadenita se la colgó al cuello. Desde entonces varió la suerte de mi madre, y su padre se transformó en tierno y cariñoso.

* * *

María interrumpió su relato. La niña, llena de curiosidad, daba vueltas a la violeta, hasta que consiguió, como su abuela, abrir el pétalo que ocultaba la inscripción.

-Sigue, mamacita, sigue, -dijo dominada por la impaciencia.

¡Qué mal hiciste en no contarme antes este importante episodio de la vida de tu madre!,
-interrumpió Teodosio.

-Es que no quería, esposo mío, desmerecer a tus ojos; tú me creías tu talismán y he aquí que lo que te trae la suerte no soy yo sino ese pequeño objeto.

-¡Cuan crédula eres, querida mía, -agregó el, - tú fuiste y serás mi felicidad, mientras viva!

-Por qué no sigues, mamá? ¿acaso ya se ha acabado?, -preguntó con pena la niña.

La señora sonrió y continuó la historia.

* * *

Mi madre era de una belleza sorprendente. De regular tamaño, pero de cuerpo escultural, su fina carita hallábase iluminada por dos ojos negros y hermosos como una noche serena, la boca chica y la cabellera abundante que caía, al uso del lugar, en dos trenzas sobre sus espaldas.

Cierta tarde que se entretenía dando de comer a las palomas, que se posaban confiadamente sobre sus hombros, no se dió cuenta ni sintió que un caballo habíase parado delante de la tapia, ni que era contemplada desde la puerta por un gentil caballero vestido de cazador. Cuando levantó la vista, creyó que soñaba, porque aquella era la ilusión que se había forjado en sueños, y en su inesperada confusión no sabía qué hacer ni qué partido tomar.

Contempláronse un momento, hasta que el joven, sin ceremonia alguna, fue a sentarse a su lado y la dijo:

-No os turbéis, niña hermosa; soy un cazador que ha perdido su ruta y os ruego me lo enseñéis.

Eugenia se levantó y seguida de él salió de la tapia y enseñó el camino al cazador. Agradecido el joven, tomando una rosa de un rosal cercano, la dijo así:

-Permitís que me lleve esta rosa, como recuerdo de este feliz encuentro y de vos, que sois su hermana?

Eugenia consintió, y el cazador siguió su camino; pero no pasaron muchos días sin que se volvieran a ver.

Octavio, que así se llamaba el joven, pertenecía a noble familia; sus padres habían muerto y él estaba bajo la vigilancia de un tutor, hasta que fuera mayor de edad.

Desde que vió a la bella campesina, su recuerdo le acompañó por todas partes, y su corazón guardaba el más puro amor para ella. Eugenia le correspondía y así pasaron varios meses llenos de encantadora ilusión, matizados por la poesía y el amor. Juntos, al lado de la fuente, contábanse sus alegrías y se confiaban sus tiernas quejas. Aquellas horas ansiadas por los dos amantes, debían ser más tarde el único consuelo de la enamorada Eugenia.

Cierto día Octavio dijo a su amada que dejaría de ir a verla algún tiempo, porque los enemigos de la nobleza se habían levantado, y tenía que tomar su espada para defender a su patria y a su rey.

La campesina sintió que un dardo atravesaba su corazón, creyó que aquello era un pretexto porque la había dejado de amar, pero al punto se deshicieron sus sospechas, porque recordó que había oído hablar a su padre de ello, y pensando que ella no pertenecía a la raza de su amado, le asaltó el terrible temor de que fuera el quien matase a su padre en la cruenta, lucha. Más guardóse bien de decírselo, y al despedirse, Eugenia colocó en el pecho del amado la preciosa violeta para que lo resguardara; ante aquella prueba de cariño, Octavio sintióse tiernamente conmovido, y, al estrecharla en supremo abrazo, juntó sus labios a los de ella, por vez primera, y mezclando sus lágrimas se dieron el ultimo adiós.

El padre de Eugenia murió en la lucha, su sirvienta murió también a causa de su avanzada edad; y ella sola, sin el precioso talismán, sin noticia alguna de Octavio, abandono su existencia a una tenebrosa monotonía, pasando las horas muertas al lado de la fuente, testigo de sus bellos ensueños de otros tiempos.

Habría la suerte llevándola a juntarse con su padre, si la felicidad no llega a tiempo. Octavio volvió y se casaron, porque él era libre y mayor de edad. Desde entonces ya nada turbó la dicha de aquel matrimonio, del cual hija soy. Tres años después de mi venida al mundo, nos trasladamos a esta ciudad, donde yo he pasado mi infancia, y he encontrado al hombre que ha hecho la dicha del resto de mis días...

Teodosio estrechó a María en su corazón, habiendo para ello dejado en el suelo a la pequeña Eugenia que, llorando de despecho, dijo:

-Bien. Sólo ustedes se quieren; pero se acuerda de mí la abuelita campesina...

Al oír esto sus padres la levantaron y llenaron de caricias. Poco después María la dejaba dormida en su encantadora camita.

El silencio reinó en la casa velando el sueño de la buena familia.

La nevada había cesado, y solo turbaba el hondo misterio de la noche el agua del deshielo, que caía gota a gota, esfumándose otra vez en la nieve de las aceras, como se deshace una bella ilusión...





SIGUIENDO el curso del río caudaloso y cristalino, en cuyas aguas refleja la pálida luna su romántica figura; por la ribera cubierta de verde yerba, donde llorones los sauces y erguidos los limoneros, proyectan sus sombras, que se asemejan a gigantescos fantasmas, se llega a una rustica casita de blanquecina, fachada, en la que enredan, amorosas, las madre selvas sus ramas, haciendo de celosías en las típicas ventanas. Tiene un jardín por delante, cercado de verde reja; allí jazmines y rosas, tulipanes y camelias, han cerrado sus capullos, arrullados por la suave brisa de la noche placentera.

Es propietario de la casita el señor De Albacochea, que de la villa vino a vivir en ella para calmar el dolor que la muerte de María dejara en su corazón. En aquella soledad refugióse el triste esposo, con sus dos tiernos pimpollos, que al mundo vinieron juntos y que tenían por nombres Bertha y Litha De Albacochea.

El tiempo sigue su Curso. Sesenta son los otoños que cuenta el padre de ellas; pero su gallarda figura, su cuidado en el vestir y su elegancia aristocrática, hácenlo rejuvenecer tanto, que se dijera que tiene veinte años menos.

Bertha y Litha son ya jóvenes; han cumplido los diez y ocho y tienen ambas igual belleza. De cabellera rubia y de cutis blanco, como dos gráciles damiselas de los tiempos medioevales, exquisitas en su cultura, pues su padre fue su maestro, no sólo aparentan ser dos frágiles figulinas de salón, sino que también son mujeres para cualquier fase de la vida, porque cuentan con sólida educación.

Ya os decía que aquellas dos gemelas eran demasiado parecidas, pero había un detalle por el cual se podía distinguir las.

Bertha tenía los ojos rasgados, grandes y soñadores, celestes como el cielo, orlados por rizada pestana que daba un tinte de ligera melancolía a su encantadora carita; mientras Litha, que los tenía también celestes, no participaba de aquella dulce expresión de los de su hermana: estos parecían haber robado a las estrellas su constante titilar, su mirar penetrante, investigador y profundo; cuando en alguna persona se fijaban, parecían querer conocer hasta el más recóndito pensamiento y a veces tenían una dureza inflexible.

Ambas poseían bondad sin límites, pero Litha contaba con una fuerza de voluntad extraordinaria, siendo en cambio Bertha de carácter demasiado débil: sonadora, poetisaba, tenía un espíritu superior. Litha, al contrario, veía las cosas en la realidad, con toda su desgarradora desnudez, y a pesar de su juventud, parecía poseer mayor experiencia de la vida.

* * *

Como todas las noches, en la lujosa salita de la casita blanca, hallábase reunida la pequeña familia. El aristócrata señor, sentado muellemente en un cómodo sillón delante de la gran ventana, por cuyos límpidos cristales atravesaban los claros rayos de la luna, atenuados por la blanca muselina de los visillos, inundaban su rostro, que se hacía patriarcal, mientras sus dos hijas ejecutaban en violín y piano un prelude de Mendelssohn. Adormecido con el marcado ritmo, De

Albacochea quedó profundamente dormido. Terminado el prelude, las dos hermanas empezaron a tocar ligeras piezas de canto acompañándolas con sus cristalinas voces; de pronto, como si se les impusiera, silencio, ambas callaron.

Litha, que tocaba el piano, dejó de hacerlo; habíase puesto súbitamente pálida e interrogaba con la mirada a Bertha, quien seguía manejando el arco de su violín, como impulsada, por una fuerza superior.

Levantóse entonces, sobresaltada, Litha y sacudió a su hermana, mas esta pareció no sentirlo y continuó su música; impaciente ella se dirigió hacia su padre y viéndolo dormido, no se atrevió a despertarlo; sin comprender lo que sucedía, cada vez más pálida y temblorosa, terminó por sentarse al lado de él...

Rara, muy rara, era la expresión de las dos hermanas; a Litha la invadía el terror. La luz, de la caprichosa lámpara, que iluminaba la estancia, extinguióse por falta de parafina, y ninguna reparó en ello; la luna, que entraba por el amplio balcón, reemplazaba con sus suaves rayos el extinguido fulgor de la lámpara, formando con la penumbra, en el rondo de los dos grandes espejos que copiaban la escena, misteriosas y fantasmagóricas formas.

Bertha, que se había, quedado presa de estática inmovilidad, daba a su rostro una expresión indefinible de alegría; tenía los ojos fijos en algo invisible, como si se hallase transportada o presenciase una celeste visión; seguía siempre tocando su violín, pero con tanto gusto, que parecía haber puesto pedazos de su alma en las cuerdas del instrumento, traslucidas en las exquisitas notas que arrancaba de ellas.

Litha, pasada la fuerte impresión que sintió y recobrando su acostumbrada serenidad y animoso espíritu, dispúsose a descubrir el extraño misterio que presenciaba, y no tardó mucho en fijarse que Bertha había cambiado de melodía, siendo ésta tan desconocida para ella, como para su hermana que la tocaba.

En cuanto empezó aquella melodía, De Albacochea repitió pausada y tiernamente estas palabras: « ¡María!... ¡María!... » Casi al momento, una voz de dulzura infinita cantó suavemente la melodía que Bertha tocaba; asombrada quedó Litha, pero en vano quiso saber de dónde venía y quien entonaba la deliciosa canción, que sin duda debía ser sobrenatural; muy pronto tuvo que desistir de su intento, porque se sentía arrobada y en su éxtasis, escaparon de su penetración las sonrisas de su padre dormido y la palabra « madre » pronunciada por Bertha.

Apenas terminó la deliciosa melodía, algo así como un sopor embargó a las dos hermanas. Bertha se sentó en el taburete del piano, conservando en sus manos el violín; pasado un momento, su mirada se animó y buscando iba algo que no encontraba.

Al fin, despertó De Albacochea, y extrañado de que la lámpara se hubiera apagado y de que sus hijas permanecieran en aquella semiobscuridad, consultó su reloj, que marcaba la media noche; dirigió entonces su mirada a Litha, a quien, creyéndola dormida, le puso suavemente la mano en el hombro; pero reparando que no lo estaba, la habló de esta manera:

-Litha, hija mía, no me has parecido romántica, mas ahora veo que a los plateados rayos de la luna entregas tu melancolía y meditas y parece que su consejo pidieras, ¿acaso tienes tiernas quejas que darle?

-Padre, ni romántica soy, ni melancolía tengo -respondió Litha, que con las palabras de él había vuelto a la realidad; -feliz Soya tu lado, y si quejas tuviera, ¿a quién sino a ti las confiara?

-Pero, entonces, mi vida, ¿por qué tanta, palidez en el rostro? ¿por qué tanto mutismo? ¿por qué temblar al escuchar mi voz? ¿o es que tú también soñabas, como yo, adormecida cual las flores por el astro de la noche? Vamos, niña, que reclamo el derecho de confidente que acabas de darme.

-Sí, padre, sí, ¿por qué no contarte lo que ha sucedido mientras tu dormías? Lo malo será que no me creas.

Litha hizo su relación, bien detallada de todo lo que había presenciado, y notó que su padre encontraba algo extraño en ello, porque un ligero temblor recorrió su cuerpo y se mostró bastante inquieto; terminado que hubo de hablar ella, De Albacochea pregunto, sobresaltado:

-Pero a todo esto, no hemos reparado en tu hermana, ¿qué es de ella?

-Aquí estoy, padre, -contestó Bertha con tristeza, siguiendo un sollozos a sus palabras.

-Tan oscuro esta ese rincón, que no habíamos reparado en ti, -respondió, menos inquieto el padre -pero, ¿por qué llora mi bella princesa?

-No lo sé, Papá; he oído el relato de Litha y me parece recordar algo, especialmente a una mujer hermosa que se parecía mucho a mamá y que canto lo que yo tocaba; ¡después... después..., ya no me acuerdo! Ahora siento una gran tristeza y por eso lloro sin querer.

De Albacochea, demostrando una tranquilidad, que estaba lejos de sentir, mandó a Litha que trajera luz, y, mientras ella obedecía, llamó a Bertha que se acercó mimosamente y sentóse a sus pies en un rico cojín.

-¡Que buena debe ser mi hijita, para tener tan hermosos sueños! -díjole, mientras acariciaba sus hermosos bucles.

-Pero si he soñado, padre, ¿por qué oyó Litha la deliciosa canción?

-Porque ella también soñaba.

-¡Que extraña coincidencia!

Llegó entonces Litha con la luz, y paróse un momento para, contemplar el bello cuadro que formaban su padre y su hermana; muy lejos estaba ella de sentir celos por la marcada preferencia que tenía De Albacochea por su hija Bertha, y hasta lo encontraba muy natural. Su padre había amado y amaba todavía enormemente el recuerdo de su madre, y Bertha era su vivo retrato por la expresión de sus ojos.

-Bien, ahora id a acostaros, luceros míos - dijo el padre -, que ya es demasiado tarde. Las dos hermanas se despidieron tiernamente de él, y salieron de la habitación. De Albacochea quedóse todavía largo rato meditando.

-Es extraño... es extraño..., -repetía por momentos -, y no es la primera vez que sucede esto a Bertha; esa niña adivina mis pensamientos, pues yo he soñado lo que Bertha ha visto y lo que Litha ha oído. .

Nadie pudo dormir aquella noche en la casita blanca. Los tres, remontando su imaginación hacia otras esferas, buscaban la solución de un enigma que no podían descifrar.

* * *

Era el mes de diciembre y los habitantes de la casita blanca habían aumentado, porque una de las hermanas de Albacochea, con su hijo Roberto, fueron al valle a pasar una temporada, y este, según decía la buena doña Fifí, era una maravilla de talento. El simpático joven, como sucede en casos semejantes, se enamoró de una de las primas, a quien él era en extrema indiferente.

-Paseaba una hermosa tarde la familia con sus dos huéspedes; el sol ya había terminado su cotidiana carrera, y se disponía a ocultarse, tras las azuladas montañas, seguido por su corte de dorados celajes, que se retrataban en tonos cambiantes en las cristalinas aguas del apacible río. Una ligera brisecilla, agitaba las hojas de sauces y limoneros, embalsamando el ambiente con el perfume de silvestres florecillas que ocultas viven entre la verde hierba.

Por delante iba Litha con su inseparable primo, seguidos por De Albacochea, que traía del brazo a su hermana y a su hija Bertha.

* * *

Litha discutía a su primo las creencias de este, sobre el poder de sugestión que poseía su padre, al cual Bertha, por su debilidad, se hallaba supeditada.

-Tu hermana, -decía él -no tiene voluntad propia, si hasta puedo asegurar que tu padre la maneja con el pensamiento. ¿Acaso no te fijas que ella le alcanza las cosas sin que se las pida siquiera?

-Pues, a mí me parece que es una gran ventaja eso de adivinar el pensamiento, -replicaba Litha, que se había empeñado en no dar la razón a su primo.

-Pero, a pesar de ello, estoy seguro que a ti no te sucede lo que a Bertha.

-Ay, hijo, no sé si tú o ella están más sugestionados.

-Mira, Litha, ¿quieres que compruebe yo el asunto?

-Hazlo si puedes, -dijo ella con marcado acento de incredulidad.

En ese momento, De Albacochea los llamó, porque ya volvían a la casa; Litha estaba bastante preocupada.

Al día siguiente Roberto, entregado de lleno a la Filosofía, leía un libro de Spengler, sentado a la sombra de un árbol en el jardín, cuando llegó corriendo Litha y muy agitada le dijo:

-Reconozco, querido primo, que tienes una gran penetración.

- ¿Y a que debo yo tan halagüeña apreciación de parte tuya?

- Sabes? -empezó ella. -Estaba yo leyendo un diario para papá en su escritorio, cuando me interrumpió diciendo que tenía sed, quise yo traerle un vaso de agua, pero me detuvo para que terminara la lectura, y con admiración mía vi entrar a Bertha trayendo el vaso de agua sin que nadie se lo pidiera.

-Bueno, pues, primita mía: aquí tienes la solución del misterio que me contaste ayer tarde. Aquella noche tu padre, dormido, deseo oír y ver a tu madre, ordenando para ello a Bertha que tocara la extraña melodía, y, por efecto de la telepatía, también llegó Bertha a verla.

-Entonces, ¿por qué oí la canción?

-Seguramente pensabas en tu madre aquel momento.

-Sí, es cierto, estoy convencida.

Doña Fifi pidió la mano de Litha para Roberto, mas ella lo rechazó. Por eso, al alejarse el enamorado joven de su prima, le recito tristemente aquella rima becqueriana que dice:

«Volverán las oscuras golondrinas
En tu balcón sus nidos a colgar... »





POR las fértiles montañas don de la naturaleza ha derrochado su fecundidad, haciéndolas soberanas de frondosos bosques que hunden sus sólidas raíces en las entrañas vírgenes; mientras en las vegas, cultivadas por el hombre, cafetales y cacaos, naranjos y limoneros o plantaciones de la sabrosa caña, hacen alarde de esplendor, tenía sus propiedades el señor Nicanor León.

Miembro era de una de las principales familias de la ciudad; caballero de corte antiguo y austero, no se fiaba en los mayordomos, y con ellos gobernaba sus numerosos plantíos que constituían la fortuna de su familia.

Habiendo muerto su esposa que dejó a una niña, celoso de su cariño, no quiso confiarla a sus parientes, y la educaba a su lado en los trópicos.

Felicidad era bella y hechicera; pero habituada a aquellas soledades, tenía el carácter ríspido. Como sus únicos compañeros eran indígenas domésticos, no hablaba sino el aymara y su rebelde espíritu se encontraba feliz con la libertad en que su padre la dejaba por tener que atender sus negocios. Privada de la vigilancia maternal, aquella avecilla al extender sus alas por los campos, no se amedrentaba por nada: aventura base por los bosques, pasaba parte del día en las ramas de los árboles, cogía nidos, como cualquier picaro chicuelo.

Así llegó a la juventud. Viendo el señor León lo descuidada que estaba la educación de su hija, y dueño ya de una cuantiosa fortuna, se trasladó a la ciudad, donde puso toda clase de profesores a Felicidad, quien no podía acostumbrarse a aquella vida de esclavitud; pero, con su natural inteligencia, satisfizo bien pronto la ambición de su padre, que, lleno de orgullo, la presentó en sociedad. Fue cordialmente recibida, pues era bella, rica y noble. Tenía un perfil perfecto: sus ojos azules como un claro de cielo, estaban ornados por la aureola dorada de sus pestañas, blanca, con blancura alabastrina, su boquita pequeña y su cabellera rubia, se dijera una silueta de visionaria.

En una de las fiestas que en su casa ofreció a las personas que la halagaron, quedó enamorado un joven, en quien todas las muchachas casaderas habían puesto los ojos, por reunir condiciones capaces de hacer la felicidad de una mujer, y este pidió su mano que le fue concedida sin vacilación.

En esa época llegó a la ciudad Manuel Romero, comerciante en café de Yungas a Oruro, y por este motivo era conocido del señor León; recibido por él y alojado en su casa, se le prodigaron los halagos consiguientes. Romero era un hombre grueso, de mejillas pronunciadas y modales ordinarios; tenía el aspecto de un cholo.

Admirado por la belleza de Felicidad, puso los ojos en ella y la muchacha voluntariosa, lejos de sentir indignación, quedó ciega con aquel amor aventurado y sorpresivo. Sabiendo Manuel que se hallaba comprometida, pretendió aun conseguir su mano, y por esto habló al padre, quien no pudo menos de rechazarlo, explicándole el caso.

Con esta tentativa frustrada, Manuel pidió una entrevista a Felicidad. Y asistió creyendo encontrar solo a Manuel; pero el ladino tenía a su lado a un hombre de su clase, Gregorio Ustares. Felicidad se atemorizó; Manuel supo disipar sus temores, comunicándole el plan que, tenía y después de breve conversación, en la que se pugnó por convencerla, ella acabó por aceptarlo todo.

Entretanto el novio engañado le hacía magníficos regalos de boda, y aquel día fué el principio de la muerte de sus ilusiones.

* * *

Era una hermosa noche de luna. En casa de León se hallaban de fiesta, con motivo de la despedida de soltería que sus amigos daban a Felicidad. Todo era alegría y contento de ver a la dichosa pareja. Sólo en el semblante de ella parecía dibujarse una nube de tristeza que daba un tinte de duelo a sus ojos celestiales, que, sin saber por qué, se dirigían cada momento al reloj de la chimenea. Notando esto el novio, preguntóle la causa de su tristeza; pero ella, sin hacerle juicio, se paró y salió del salón, dirigiéndose hacia su dormitorio, donde se puso precipitadamente un abrigo de piel de nutria y un sombrero; cubriéndose el rostro con un tupido velo, salió de la casa y sin dejarse ver por nadie, se alejó.

No muy lejos la esperaba, impaciente, Gregorio, el cómplice de Manuel; a su lado se veían dos animales con sus monturas correspondientes. Al divisarla, fue a su encuentro, saludóla, y la ayudó, sin decir palabra, a montar al animal que le estaba destinado.

Salieron de la ciudad, dirigiéndose a un tambo para dar encuentro a Manuel, quien besó triunfante la mano de Felicidad y la alentó con melifluas palabras para seguir adelante; en seguida tomaron el camino de Yungas por la quebrada que sigue a la Choglla.

* * *

Notando la ausencia de su hija en los salones, que alegremente dejaban pasar el mundanal ruido, mandóla llamar su padre, pero la servidumbre, después de buscarla en sus habitaciones, vió con admiración que no se la encontraba.

El padre, desesperado, para no alarmar a sus invitados, pretextó que estaba indispuesta. Al poco rato se habían retirado todos, quedando el solo con el novio, a quién creyó deber suyo avisar lo ocurrido. Este, herido en su amor propio por tan vil engaño, retiró su palabra y se fue con el corazón traspasado de dolor, pues amaba con delirio a Felicidad. La traición de un amor puro es más fuerte que la misma muerte.

Don Nicanor León no dudó que el autor del robo era Manuel, que se había mostrado muy descomedido con él, después de que le negó la mano de su hija, por lo que, sin pérdida de tiempo, preparó su viaje a los Yungas, y, cuatro horas más tarde, seguía la huella de los fugitivos.

Felicidad, con el corazón hundido también en el remordimiento, alcanzó a oír los clamores desesperados de su padre que la llamaba a gritos. Por un momento quiso ir a arrojarse a sus pies y pedirle perdón; pero ya era imposible retroceder ante la fascinación de aquel hombre, quién, previsor como un ladrón de oficio, la ocultó en la espesura del bosque hasta que perdieron de vista al padre. Aquella muchacha no podía ser feliz, porque había hecho derramar lágrimas a su padre y esas lágrimas tenían que ser la maldición de su vida.

Felicidad casó con Manuel, quien la estableció en un pueblo, donde tenía ella que atender una proveedora de su marido, que dejaba trabajar a su mujer para poder entregarse mejor a sus vicios.

La vida de ella no podía ser más desgraciada; llevaba un sino fatal en su destino; las señoras del pueblo tenían celos de ella, porque sus esposos contemplaban alguna vez su belleza; las cholitas la insultaban y llenaban de improperios; y ella apenas si tenía valor para quejarse, contentándose con llorar a solas desesperadamente.

Dos años más tarde, recibió la noticia de la muerte de su padre, quien había bajado al sepulcro maldiciéndola y desheredándola, así como la del matrimonio del joven al que ella rechazó, con una de sus amigas, los que debían emprender viaje y establecerse en Europa. El remordimiento se apoderó de ella, como una eterna condenación, y culpándose de la muerte de su padre, al mismo tiempo que comparando la vida que llevaba a la que pudo haber llevado, lloró lágrimas de pesar y de amargura, pero comprendió bien que toda era por culpa suya.

Su rostro tomó una expresión de profunda amargura, y las primeras arrugas comenzaron a surcar su frente, como huellas inclementes de su martirio. Poco después quedó viuda, en la mayor miseria, porque su esposo le dejó solamente deudas.

En tan triste situación tuvo que salir del pueblo en que estaba para conseguirse, errante, la vida. La estrella de otro tiempo, la joya de una culta sociedad, se tornó en «femme de chambre a tout faire» de los indios. Servía de curandera, cosía camisas para aquellos mismos que en otro tiempo fueran sus servidores, y todo por un poco de comida u hospitalidad. Mas su belleza no había cambiado. Si bien tomó otra expresión, parecía la Magdalena bíblica, con su dorado cabello suelto, los pies descalzos y el atado a la espalda. Su hermosa silueta se deslizaba habitualmente hacia el río, donde lavaba la ropa que le daban.

Algunos la echaban de su presencia, fastidiados de su desgracia, y entonces volvía su nueva peregrinación para mendigar alimento y un poco de coca, pues ya tenía todas las costumbres de los aborígenes.

Muchas veces, ella misma contaba entre sollozos la triste historia de su vida, pensando que tenía bien merecido el castigo del cielo, y los consternados oyentes asombrábanse de saber que así era y así fue Felicidad.

Poco después murió sin poder soportar por más tiempo su pesada cruz.

3 Violeta de oro





EN el camino se presenta a la vista una hermosa meseta desde donde se divisa el paisaje encantador de una aldeita alumbrada por los ardientes rayos del sol. Las rústicas casitas de los aldeanos, el campanario de la vetusta iglesia, los campos con su ropaje de cambiantes colores, el cielo límpido y claro y el cristalino arroyuelo que corre bañando los cercados para después reunirse con el anchuroso río que besa la ribera de la aldea, componen aquel cuadro digno del pincel de un artista. Todo respira frescura y bienestar. De la tierra se levanta un agradable vaho que se esfuma en el aire; reina el silencio. De rato en rato el mujido de un toro o el gorjeo de un ruiseñor lo interrumpen, para volver en seguida todo a su estado de quietud. Parece que las almas habitan allí en una santa e imperturbable paz.

En efecto, rara es la ocasión que ocurre algo. Son pocos y conocidos los veraneantes y allí todo el mundo trabaja, las mujeres hilando mientras cuidan, los rebaños y los hombres en la tarea del campo, de donde se trasladan a su hogar después de pasada la oración, para no volver a salir, por ser aquellos ingenuos espíritus extremadamente supersticiosos. Allí lo eran, como en ninguna parte, por lo que llamaban a aquel lugar La Aldea Encantada, pues creían en hadas, duendes, brujas y almas.

* * *

En la meseta que domina la aldeita, triste y sola, vivía una viejecita, con la cara muy rugosa y los cabellos muy blancos, a quien la tenían por bruja, y le atribuían inexplicables hechos que los llenaban de terror. Cuando las familias se reunían al calor del hogar, entre las cosas horripilantes que contaban de la bruja, decían que en las noches de los martes, la cabeza se separaba de su cuerpo, para echar a volar por los aires con los cabellos erizados, junto con una bandada de negros búhos que revoloteando en su alrededor, lanzaban estridentes graznidos. Generalmente aquella visión diabólica se dirigía al cementerio, más si por desgracia se posaba en alguna otra parte, se cernía sobre los moradores de ella, la muerte, la miseria y el dolor.

Hacía tiempo que los habitantes habían olvidado a la bruja, pero cuando alguien la nombraba temblaban recordando sus hechos.

La pobre mujer subsistía del robo o de la caridad, pues el que tropezaba con ella, temeroso del mal augurio, le daba, aunque de mala gana, alguna provisión. Vestía de harapos, con el desaliño y la suciedad característica de la miseria; sobre sus hombros pesaban los años y las maldiciones de sus hermanos; su vida se hacía cada día más salvaje y misteriosa; y en su mirada se reflejaba odio a la humanidad y por sus trazas parecía verdaderamente hechura del demonio.

* * *

En aquella aldea, era donde, desde hacía tiempo, iba a veranear la familia de Carlos, que no se componía más que de su padre y su abuela materna; esta última era del lugar, de donde había salido muy niña, educándose en la ciudad, en que más tarde hizo un ventajoso matrimonio.

La abuela trató de pasar sus últimos días en su terruño, para lo que hizo construir un bonito chalet, rodeado de amplio jardín en el que puso todo su esmero y cuidado. La señora se instaló

allí, logrando hacerse querer muchísimo con los honrados campesinos, mientras su nieto Carlos estudiaba en la ciudad al lado de su padre.

Por entonces, Carlos pasaba las vacaciones en la aldea: era un joven de estatura bien proporcionada, moreno, de ojos color azabache. Agraciaba su rostro una sonrisa juvenil que denotaba la sencillez de su alma de niño.

Hallábase aquel día en el jardín, sentado en la yerba, estudiando con gran atención la tesis que debía presentar para graduarse de doctor; de pronto sintió que alguien se aproximaba, pues se lo anunciaba el ruido de las hojas secas demolidas por la implacable planta humana, apareciendo al momento una anciana pordiosera de aspecto repugnante.

Carlos se levantó molesto y sorprendido, pues él se hallaba en el fondo del jardín, habiendo dejado la puerta de la verja y la que daba a la casa perfectamente cerrada, con el preciso objeto de que no lo importunasen. ¿Que quería decir la presencia de aquella mujer en aquel sitio? Ocurriósele al momento que se trataba de alguna ratera, y como a tal la trató, diciéndole en duro tono:

-¿Qué es lo que buscabais? Si queráis cari...

La mujer comprendiendo la impresión que su presencia había hecho, cortóle diciendo en resuelto tono:

-Os buscaba.

-¡¿A mí?!

-A vos.

-¿Y qué es lo que de mi deseáis?

-¡Oh! no es caridad lo que quiero.

-Pues, entonces, hablad, porque me tenéis impaciente, pero antes decidme: ¿por dónde habéis entrado?

-Sabiendo que os encontrabais aquí, y como deseaba hablaros a solas, quise entrar por la verja, pero como la halle cerrada la escalé.

-Escararla tú, ¿a tus años? -pregunto Carlos con incredulidad.

-Nada más natural, -contesto la vieja muy seriamente -como que soy la bruja de la meseta. Entiendes? La bruja... -dijo con ira, fijando de tal manera sus ojitos inyectados en Carlos, que verdaderamente lo hizo sobresaltar.

-Sabed - continuo la vieja - que he venido porque tengo que deciros algo importante y que os interesa; de lo contrario no habría puesto los pies en esta casa, de donde fui arrojada hace dos años ignominiosamente por vuestra abuela, de quien jure vengarme, no en su persona, porque sé que le importaría poco, sino en la de quien ella más amase, y sois vos que habéis de sufrir, pues aquel ultraje inferido en un día de fiesta, no puede quedar sin paga; más aun habiéndolo presenciado todos los aldeanos, cuyos espíritus tenía yo en mi poder, habiendo perdido desde aquel día mi influencia sobre ellos, porque ya no creen en mi ciencia. Por vos he de recobrar mi dominio en la aldea.

Carlos había escuchado en silencio a la bruja, más al oír sus amenazas no pudo contener una estridente carcajada, que hizo poner furiosa a la vieja.

-¿Os reis? Bien, podéis hacerlo cuanto queráis; pero oíd mis últimas palabras: Alejaos de la aldea o encontrareis la muerte en ella -acabando de decir esto partió a correr con una agilidad poco natural a sus años, escalando la verja por donde Carlos la vió desaparecer.

* * *

El joven no quiso contar nada de lo sucedido a su abuela porque sabía lo supersticiosa que era la señora, y olvidó al momento las palabras de la bruja: «Alejaos de la aldea o encontrareis la muerte en ella».

Los del lugar, que conocían la bondad de Carlos, hacían útiles los servicios de su profesión, quien con toda voluntad los prestaba.

En una hermosa noche de luna, a eso de las diez, llamó a las puertas de la casa un pobre campesino que angustiado pidió a Carlos que viera a su hijita que se moría; su casa se hallaba situada detrás del cementerio. Carlos se apresuró a seguir al angustiado padre y al avisar a su abuela que salía, oyó que ésta, después de darle un beso en la frente, le decía:

-Hoy es martes, hijito mío, no pases por el cementerio.

El joven, sin hacer caso de aquellas palabras, continuó el camino donde su deber lo llevaba.

.....

La aurora del día siguiente alumbró el blanco cementerio... y el cadáver del escéptico Carlos sobre la tumba de su madre.

Los campesinos no dudaron que aquella era la venganza de la bruja de la meseta, recobrando así esta su perdido dominio sobre aquellos ingenuos campesinos.





CERCA de la actual capilla, en una de sus hermosas avenidas, existía un chalet, el único que por entonces superaba a los demás en lujo, comodidad y belleza. Delante de él se extendía un amplio y seductor jardín que semejaba en aquella estación un canastillo de flores. Cubierto de lilas, amapolas y rosas de mil colores, escondían su belleza las humildes violetas bajo su espeso ropaje verde, en tanto que los orgullosos claveles ostentaban en todas direcciones su primoroso albor. Era plena primavera. Las mariposas alternaban con los pajarillos y flores. Una cristalina y bullanguera fuente rendía culto a ese hermoso espectáculo que parecía un trozo privilegiado de la naturaleza ubérrima.

* * *

Habitaba allí su propietario el señor Alberto Cortez, caballero de claros ojos y luenga barba, que en la profundidad de su mirada y en los recuerdos de su corazón evocaba un pasado de amarguras. Habiendo quedado huérfano desde muy niño y sin más herencia que su inteligencia y la nobleza de su alma, gracias a sus propios esfuerzos, llegó a formarse un hombre de bien. Trabajó en su niñez empeñosamente por subvenir sus gastos escolares, adquiriendo de este modo una brillante instrucción.

Más tarde, después de haber alcanzado el grado de bachiller, se empleó en una casa bancaria extranjera en el ínfimo puesto de auxiliar. Allí permaneció cerca de dos años, durante los cuales consiguió captarse las simpatías del jefe que llegó a idolatrarlo y como este era hombre de fortuna y sin parientes cercanos, lo adoptó, mandándolo a los Estados Unidos para que estudiara finanzas. Algunos años más tarde ocupaba Alberto el puesto de su padre adoptivo, quien le cedió sus bienes y fortuna por sentirse fatigado por el trabajo.

Entonces casó el flamante jefe, y allá en el chalet sopocacheño, vivía con su familia. Solo tenía dos hijos: Blanca Rosa, que ya contaba los diez y seis años y era el ser más encantador que se puede imaginar. Vestía casi siempre elegantes y sencillas batas que dejaban adivinar las seductoras líneas de su flexible y bien formado talle, sus finos y delicados modales revelaban el ambiente en que fue educada; su hermano Arturito era el mimado de ella, porque según su opinión era el vivo retrato de su padre.

* * *

El padre adoptivo de Alberto, quería muchísimo a los hijos de este y habría dedicado su vida al cuidado y educación de ellos; pero su noble y generoso corazón de buen patriota no podía permanecer indiferente ante las desgracias que acontecían en Méjico, su país natal. Allí murió un lejano pariente suyo, que en otro tiempo le hiciera mucho daño, más el, devolviendo bien por mal, quiso recoger al hijo que dejaba sumido en la miseria. Para cumplir su deseo lo llamo a su lado y lo educó como en otro tiempo hiciera con Alberto.

Este se llamaba Jack, tenía dieciocho años y fácilmente se acostumbró con la familia de Alberto, a quien él llamaba hermano, especialmente con Blanca Rosa, de quien se enamoró locamente. Confesó esto a su generoso tío, no animándose a decírselo a ella. Aprobado por todos tal sentimiento, tuvo la suerte de atestiguar la satisfacción de Alberto, quien le aconsejó guardara ese su amor para más tarde en obsequio a la juventud de Blanquita. El tuvo que resignarse con tanta mayor razón, cuanto que sin haber dicho nada a Blanca vió que era sinceramente correspondido.

Alberto y su padre pusieron al corriente de ello a la madre de la niña, y entre ellos hicieron proyectos llenos de amor y de esperanza para unirlos más después en el indisoluble lazo de la felicidad.

Aquel hogar era de lo más feliz, siendo el encanto de él la niña Blanca Rosa. Sin ella sentían tal vacío, que sus padre, su abuelo y Jack no se habrían separado de su lado ni por todo el oro del mundo. En la casa todos ansiaban que llegase la noche para que en la velada ella luciese sus aptitudes. Verdadera artista en la música, bailaba clásicamente y cantaba, que era un primor; pero entre las más hermosas flores hay muy agudas espinas, y así esa divina dicha fue turbada por un acontecimiento inesperado: la muerte del padre adoptivo.

Blanca tenía un profesor, a quien dispensaba favores su difunto abuelo; obedeciendo a los impulsos naturales de su infinita bondad, quería favorecer a todo extranjero que no tuviese medios de ganarse la vida. De este modo, Blanca, recibía sus dictados de inglés. Pero con motivo del inesperado acontecimiento, que enlutó y sumió en el dolor a la buena familia, el astuto advenedizo halló una ocasión magnífica para hacerse de una buena fortuna por pura aberración, y para conseguir su objeto falsificó un testamento, presentándose como heredero único del anciano.

Sabiendo esto, Alberto y Jack sufrieron una contrariedad inenarrable. El difunto no había hecho testamento alguno por haber sido sorprendido por la, muerte repentinamente. Viéronse los dos hermanos en la necesidad de consultar abogados notables sobre el extraño caso, y todos veían la causa perdida. Alberto también perdió la esperanza. Jack, sin embargo, permaneció firme, y recordando que tenía un amigo abogado a quien hacia frecuentes prestamos, sin que estos le fueran devueltos, porque el prestamista era un hombre degenerado y alcohólico, se le ocurrió consultar con él.

El abogado de malas trazas y peores costumbres, tomó mucho interés en el asunto, y después de haberlo revisado todo, larga y detenidamente, notó que el papel timbrado en que se faccionó el testamento era del año en que litigaban, debiendo corresponder más o menos al que usaba tres años antes; es decir, que un abogado a quien se despreciaba, descubrió lo que no pudieron los más afamados del foro. Así los hijos adoptivos, recobraron sus respectivos derechos, encarcelando merecidamente al falsificador.

* * *

Dos años más tarde, en una hermosa noche de luna, el jardín de la casa se hallaba soberbiamente iluminado. Debajo de los coposos arboles habían pequeñas mesitas, llenas de exquisitos manjares artísticamente arreglados. La pequeña escalinata de la casa estaba cubierta de rosas, jazmines y lirios, que despedían un perfume embriagador. Dentro de la casas a reinaba gran animación. Era que se celebraban las bodas de Jack y Blanca; solo Arturito lloraba amargamente porque sabía la inevitable separación de su Blanquita querida, hasta que llegaron a consolarlo, prometiéndole que acompañaría a los novios en su luna de miel a una de las quintas de Calacoto.

Pero el pobre niño volvió a su desconsuelo, cuando a los ocho días despedía a sus adorados hermanos en la estación Chijini, donde al estridente pitear del tren, que se los arrebatava, Blanca y Jack agitaban desde las ventanillas del coche el pañuelo, despidiéndose de sus amigos y familia, para realizar su proyecto de viaje a Europa, viva y profunda ilusión de todos los espíritus superiores.

4 –Violeta de oro





PASABA mi temporada de vacaciones en una de las vastas propiedades que posee en el Altiplano mi amigo el coronel Ruff. Volvíamos de un paseo a caballo por los alrededores, siguiendo la estrecha senda que serpeaba una extensa pradera, cubierta por amplios pastales donde el ganado triscaba alegremente. Resguardaba la planicie una cadena de las andinas montañas iluminada por los esplendores del sol que, temeroso de las sombras, se ocultaba tras ellas seguido de su corte de majestuosos celajes. Limpio el cielo y silente el campo a esa hora de bochorno, apenas un poco de aire nos refrescaba las mejillas.

Contemplábamos extasiados el solemne panorama, y yo deploraba no ser pintor para copiarlos en el lienzo. De pronto unos gritos nos detuvieron; eran desgarrantes y sonoros y los profería un indio que no muy lejos trabajaba. Desmontamos presurosos para acudir en su auxilio, aumentando mi sorpresa al reconocer en él a Francisco, uno de los más fieles servidores de la finca. Asustaba él verlo; sus facciones de hombre pacífico y humilde se habían alterado horriblemente; los ojos, queriendo saltársele de sus orbitas, despedían miradas siniestras, en tanto que los labios se retorcían en gestos feroces y se habían tornado violáceos...

El coronel no pareció extrañarse por aquel macabro espectáculo; pero, más resuelto que yo, acercóse para zarandearlo, limándolo por su nombre. Francisco púsose de pie furioso, y, como esperando socorro de alguien, clamó: ¡Coya! ¡Coya!... Luego, pronunciando palabras extrañas en su idioma, echó a correr como alma que lleva el diablo.

Estaba yo atónito.

-¿Qué significa esto, coronel? -inquirí.

-Pues, sencillamente, un ataque de locura, -respondióme tranquilo mi amigo.

-Pero... ¡si ese hombre es enteramente cuerdo! -exclame admirado.

-Comprendo tu inquietud -díjome él-; y como para esta noche no tenemos ningún proyecto, te referiré la historia de ese colono, que no es la de un santo como creerás; segura estoy que te interesara, pues es bastante novelesca... Ahora me parece que es tiempo de volver a casa, no tardara en sorprendernos la noche.

* * *

Concluida la comida, el coronel, dándose una importancia que fastidiaba a mi curiosidad, se arrellenó en su butaca, aspiró largamente su cigarro y, por fin, comenzó así:

-Hace, de esto que voy a contarte, una cosa de veinte años; yo era subteniente, y aun no poseía esta propiedad; en ese tiempo hubo una sublevación de indígenas, que estuvo a punto de concluir con todos los patrones. Me destinaron con este motivo a Tiahuanaco para reprimir las iniquidades que cometían los indios, cegados por el odio que guardan a la raza blanca, a la que todavía la consideran enemiga.

La indiada en armas había amagado la comarca y sólo una familia defendía los derechos del patrón que poseía entonces esta propiedad, al que los rebeldes tenían prisionero en su misma casa. Amenazaban, pues, a esta familia, pero no se atrevían a ejecutar sus designios criminales, porque pertenecía a ella una indiecita que, por ser la más graciosa y discreta de entre todas, la llamaban Coya, siendo esta novia de Francisco, cabecilla de la sublevación.

Coya, educada por la familia de su patrón, pasaba largas temporadas junto a este porque se hallaba ya bastante achacoso. El viejecito hubiera deseado tenerla siempre a su lado, pero era demasiado mimada de sus padres, por lo que estos no hubieran consentido en separarse de ella a ningún precio.

La indiecita sufría las consecuencias de tan terribles escenas. Poseyendo los secretos de su novia, no podía traicionarlo, ni permitir tampoco que se atentase contra la vida de su patrón. ¡Cuántas veces imploró a Francisco para que desistiera de sus temerarias empresas! Mas, el indio, terco como todos los de su raza y alentado por sus compañeros, quería destruirlo todo.

* * *

Cierto día, Coya, que estaba en la casa de su protector, salió a otear el camino para adquirir noticias de sus padres y de su novio... Todo era silencio y soledad; los campos devastados ofrecían los despojos de una lucha cruenta y reciente; destruidos los caseríos y sementeras, solo se veían charcos de sangre que manchaban los senderos... Estremecida de horror, la indiecita, en presencia de aquellas muestras de la guerra salvaje que aniquilaba a los suyos, y cansada de andar, sentóse en un pequeño ribazo. Sus centelleantes ojos denunciaban la lucha que sostenía con su alma; en su cara ovalada y graciosa se dibujaba un gesto de impaciencia y de dolor; de su boca no salían sino profundos suspiros.

Un olor acre hizo levantar la cabeza a la preocupada, Coya. La iglesia del pueblo, encendida en llamas, despedía espesa humareda... Divisó también desde el ribazo, que dominaba toda la pampa, como hormigueaba la indiada dirigiéndose a la casa del patrón; hasta ella llegaba el vociferar de aquella multitud sedienta de sangre que en su ferocidad bestial no respetaba nada. Coya, al ver que la iglesia y la casa de su patrón, únicas que hasta entonces habían sido respetadas, las exterminaban para saciarse, pensó en sus padres, y creyendo todavía encontrarlos, sin reparar en los peligros, corrió hacia su choza.

Mas ¡oh dolor! su hogar estaba en ruinas y los cadáveres de sus padres yacían sobre ellas asesinados. Con el corazón oprimido, Coya lloró lágrimas de dolor y de ira. Debía vengar a sus padres, y olvidando por un momento su decisión, se arrodilló para dirigir al cielo una fervorosa plegaria por los que le dieron el ser.

Entregada se hallaba a su piadosa oración, anegada en lágrimas, cuando oyó pronunciar su nombre repetidas veces. Era Francisco. Altiva e indignada le envió una mirada llena de odio y levantándose le dijo:

-¿Cómo te atreves a turbar el dolor de quien has arrebatado sus padres y su hogar?

-Coya -suplicó Francisco -¿tan poca confianza has depositado en mí para suponer que yo sea el autor de tan horrendo crimen?

-Y, si así no es, ¿por qué no lo has impedido? -replicó anhelosa la indiecita.

-Aunque lo quise, exponiendo mi vida por hacerlo, no lo pude...

-¿Que no lo pudiste? Tu gente tiene ciega confianza en ti, y sólo en este caso negóse a obedecerte, ¿verdad? -agregó Coya, con una sonrisa de sarcasmo, que hirió profundamente al indio.

-Coya, considera...

-No, no... El cariño que te tuve se ha transformado en odio, y antes preferiría morir que pertenecer a un hombre como tú que más parece una fiera.

Estas palabras demudaron a Francisco. Dejó el acento bondadoso y suplicante, sacó de su cinto una daga y la hundió en el pecho de Coya, diciendo al mismo tiempo:

-Tu lo has querido y yo prefiero que si nó a mí, pertenezcas a la muerte...

* * *

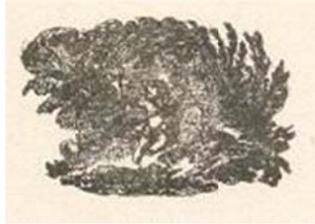
Calló el coronel Ruff, para examinar el efecto que había producido en mí su relato. Y yo no acerté sino a decirle:

-Bien decía usted que su relato era interesante, amigo mío, y según mi parecer ese hombre es peligroso y debe hacer lo posible por deshacerse de él.

-En cuanto a eso, pierde cuidado, yo fui quien lo libró de la prisión, pues, gente como ésta se doblega fácilmente ante la fuerza.

-¡Quien hubiera creído, tiene un aire de patriarca...

-¡Así es, y ello te probara que no hay que fiarse de las apariencias, querido Juan!





EL sol refleja sus últimos resplandores, retratados en las cristalinas aguas del mar tranquilo y sereno.

En la playa los pescadores preparan sus barcas y redes para salir a la pesca a la luz de la luna, mientras en sus cabañas sus esposas e hijos rezan la oración de la noche, para entregarse al descanso después de las fatigas del día.

Jaime, pescador viejo y honrado, tenía dos hijos: Magdalena, muchacha de diez y seis años, tan bonita y atrayente como una estampita de virgen. Sus grandes ojos destacaban brillantemente sobre su fina y perfilada nariz; su boquita, chica y roja como una guinda, y su hermosa cabellera rubia que le caía, descuidadamente sobre sus espaldas, le daban un aspecto de muchachita apacible e incapaz de un acto heroico, más el fulgor y la profundidad de su mirada denotaban el temple de su alma, al mismo tiempo que la dulzura de su corazón.

Julio, hermano menor de Magdalena, a quien ella mimaba y amaba tiernamente, era un chiquillo de doce años, amable y de buen carácter; había heredado la intrepidez y audacia de su padre y amaba el mar como buen hijo de marino.

El viejo pescador se encontraba enfermo. No saldría aquella noche a la pesca porque se lo prohibía su hija Magdalena, pero en cambio iría ella, a pesar de los reproches de su buen padre, dejándolo al cuidado de su pequeño hermano.

* * *

Entre las sombras de la noche, se destaca en la playa la esbelta figura de una mujer.

Se la ve acercarse a una barca, sentarse al borde de ella y abandonarse a sus tristes pensamientos. ¡Oh! si alguien hubiera podido penetrar en ellos, habría sentido llorar desgarrándose de angustia su corazón. La bella Magdalena pensaba en que si no la favorecía la suerte y no llevaba a su cabaña alguna pesca, al día siguiente su padre moriría de necesidad por falta de medicamentos para curar su mal, y entonces ¿qué sería de ella y de su hermano?

Dos lágrimas rodaban por sus mejillas. De pronto se paró como atraída por algo extraño. Sacudió la cabeza para alejar sus tristes pensamientos, desató la barca, entro en ella, y se puso a remar tan diestramente como si en su vida no hubiera hecho otra cosa.

Lejos ya de la orilla, notó Magdalena que había cometido un desatino en aventurarse tan sola en el mar y con horror vio que comenzaba a obscurecer el cielo, levantándose al mismo tiempo un fuerte huracán que la interno mar adentro; ella creyó llegada su ultima hora, pero evocando el recuerdo de su padre enfermo, que necesitaba de su ayuda para restablecerse, sobrepuso su valor al miedo que la dominó un momento, y siguió remando con mas brío para poder encontrar lo más pronto posible el lugar donde debía echar las redes. '

Tan confiada estaba ella en sus fuerzas, que no le pasó por la imaginación que pudieran faltarle. Es cierto que muchas veces había ido sola a aquel lugar, pero siempre la había

acompañado la tranquilidad del mar, y ahora tenía que luchar con las embravecidas olas, que poco a poco aumentaban en furor, hasta que llegó un momento en que le fue imposible manejar los remos. Se vió perdida, dirigió una mirada al cielo, enviándole una plegaria, vio girar todo en derredor suyo, se le nubló la vista y quedó desmayada. La frágil embarcación quedo a merced de aquel temible elemento...

Mientras tanto don Jaime, sufriendo el aburrimiento de la cama, hizo llamar a Fernando, enamorado sin suerte de Magdalena, a quien el quería mucho, porque a más de ser su ahijado, era un muchacho excelente, y le rogó la siguiese porque su corazón de padre presentía una desgracia.

Fernando la siguió desde lejos, no animándose a acercarse, temeroso de sufrir algún reproche de la rubia de sus ensueños. Cuando estalló la tempestad, se apoderó de él la más horrible desesperación, creyó ver a Magdalena sepultada en la profundidad del mar, y en estos y otros pensamientos olvidó los remos y vio que la embarcación en que iba Magdalena se volcaba; preso de la infinita ansiedad de salvarla, se lanzó a nado y después de espantosa lucha con el furioso elemento, logró alcanzar a la muchacha que con el contacto helado de las aguas había recobrado el conocimiento y se debatía desesperadamente.

* * *

El padre, que seguía sofocado por la fiebre y la preocupación, no había notado la ausencia de Julio, que viendo el peligro que corría su hermana, se aventuró en un bote para salvarla, habiendo vencido trabajosamente a los pescadores que se hallaban en la playa y que se oponían a dejarlo partir, creyéndolo loco. No tuvo que ir hasta muy lejos, pues a poco divisó a los dos que surgían del fondo de las aguas, habiéndolos alcanzado y sido el ancla de su salvación.

Entretanto, Jaime, oyendo el bramido del mar, salió a la playa sin cuidar de su salud, y llegó el momento en que desembarcaron los tres sanos y salvos.

A los pocos días se restableció por completo, y Magdalena sintió nacer en su corazón un inmenso cariño de gratitud a Fernando, que no tardó mucho en transformarse en amor. Jaime vio lleno de alegría que la bella Magdalena, entregaba su blanca y piadosa mano al gallardo y valiente joven que fue su salvador, siendo el ídolo de los tres el heroico Julio, a quien debían también eterno agradecimiento.

-5- Violeta de oro.



Gaicho feroz

EL día estaba demasiado caluroso. Era más o menos las ocho de la mañana, hora en que todos los trabajadores se dirigían a sus oficinas o a los sitios de labor.

En la plaza de la ciudad se sentía gran bullicio. Los suplementeros corrían de un lado al otro, faltándoles tiempo y manos para vender sus diarios que relataban la historieta más interesante del día. Todo el que compraba leía con avidez el trozo titulado "Una escena de horror" que en caracteres llamativos contaba el siguiente extraño acontecimiento, que dio lugar a otros no menos extraños y sorprendentes.

En la provincia Méndez de la ciudad de Tarija, existía un gaicho natural de Chocloca, temido en toda la comarca, por ser un incorregible ladrón de ganado; terrible borrachín y por todos conceptos un gran bandido, pero a pesar de esto tenía rasgos de hombre caritativo, pues el dinero que robaba muchas veces lo repartía entre los infelices de su pueblo, y así como le rodeaban buenos amigos, tenía también muchos y muy encarnizados enemigos.

Este hombre tan raro, especie de noble fiera, casó con una criollita llamada Pilar, huérfana de padres, pero riquísima en bienes y virtudes, mas no fué el matrimonio por estas últimas como por el torpe atractivo del dinero. La infeliz era martirizada por su marido, y toda vez que a este le salía mal alguna de las temerarias hazañas de que acostumbraba ser héroe, atribuía a ella su mala suerte; y entonces no había compasión ni consideración que valga en el perverso corazón de aquel extraño supersticioso.

La castigaba de la manera más cruel, colgándola desnuda y de cabeza en un árbol, azotándola hasta conseguir que le procurase dinero y cuando no lo tenía la obligaba a vender alguna de sus numerosas propiedades.

Cierto día en que se hallaba, ocupado en esta salvaje faena, acertó a pasar por allí un cambia cazador acompañado de un muchacho, quien entró por casualidad siguiendo la pista a una liebre que se había ocultado entre unos matorrales.

Pero el cambia, al ver la escena brutal del famoso y temerario bandido, olvidando la liebre por completo, quiso impedir, aunque con cierto temor, que de tal modo siguiese martirizando a la pobre Pilar. Salustiano, que tal era el nombre del gaicho, continuaba imperturbable y con entera serenidad, como si estuviese en una obra pacífica y la más satisfactoria, de su vida, sin inmutarse siquiera por los desgarradores gemidos que lanzaba su esposa. Al escuchar pasos tras de sí, se dió la vuelta y preguntó al infeliz cambia que derecho tenía para mezclarse en sus asuntos y, abalanzándose sobre él, trabó una cruenta lucha, digna de dos gladiadores de circo.

Mientras tanto el muchacho, que desde hacía tiempo sufría por el martirio de la señora, desató a, Pilar, la que libre de las cuerdas que le dejaron huellas dolorosas, se vistió apresuradamente y huyó de aquel sitio.

Salustiano, conforme aumentaba su ira, haciase mas fuerte en la lucha. De un terrible puñetazo derribó al cambia y no contento con esto desenvainó su puñal y lo hundió en medio pecho de su contrario. El muchacho que esperaba la lucha, haciendo gestos y acciones alentadoras para

su amo, al ver que era asesinado, abandonó aterrado aquel lugar inolvidable, yendo a dar a la policía. Cuando después de dos horas llegó esta, no encontró rastro de lo que buscaba.

Algún tiempo después Salustiano volvió a Méndez, sin que se apercibiera de esto la justicia; y una noche que volvía a su casa a la madrugada, después de haber hecho algunas fechorías y al tener que pasar por un puente, vió que éste se había hundido, hallándose obligado a seguir el camino por donde quedaba la guarnición, sin pensar siquiera en cuidarse de ella.

Paso a todo escape, pero quiso la mala suerte que el centinela lo notase reconociéndolo por el caballo que llevaba, y dando inmediatamente aviso lo siguieron cuatro hombres.

Cuando advirtió el gaucho que lo perseguían y disparaban contra él recurrió a una de sus audacias y dando la vuelta se quedó colgado de cabeza a un costado del caballo. Los soldados se habían dispersado para cercarlo y uno de ellos hizo un disparo tan certero que le hirió en el hombro. Cayó nuestro hombre del caballo y se hizo el muerto apenas notó que lo alcanzaban. El soldado creyó que verdaderamente no era ya más que un cadáver y gozoso fue a participar de ello a sus compañeros.

Salustiano, viéndose solo, se incorporó, desabrochóse la camisa para ver la herida que tenía, y como, era insensible al dolor, arrancóse la bala que tenía incrustada en el hueso, y montando su caballo huyó en el a todo galope.

Los soldados lo buscaron por todas partes, teniendo que volver al cuartel avergonzados por haberse hecho engañar.

* * *

Llegó a la ciudad la fama del gaucho, y notando que siempre era burlada la justicia, los diarios publicaron un párrafo que no tenía nada de verdad, y en él se decía que al que entregase a aquel hombre, vivo o muerto, se le daría una buena gratificación.

* * *

Era noche de tempestad. Parecía que el cielo quería desencadenar su ira en aquel bosque espeso, teatro de las salvajerías del gaucho. En una casa rústica de regular apariencia, perdida casi entre la arboleda que la rodeaba, vivía en continua intranquilidad la desgraciada Pilar, que en aquel momento atizaba la lumbre, y con el rosario en las manos rezaba cada vez que los relámpagos alumbraban su habitación. Habiendo conseguido que el fuego abrasase la leña que ella puso, se levantó y fue a postrarse delante de una imagen de la Virgen que se hallaba adornada con flores y ceras. Y deshaciéndose en llanto pedía fervorosamente que su marido no le quitase el único recuerdo que ya le quedaba de sus padres, aquella pobre y silenciosa cabaña.

Su espíritu llegó a abstraerse en ese resignado fuego y profunda meditación; pero al oír el trote de un caballo se sobresaltó de tal manera, que temblaba, como la hoja de un árbol. Algunos segundos después, la puerta se abrió con estrepito, apareciendo la infernal figura de Salustiano, que con voz estentórea le dijo: «Me he tomado la molestia de venir en esta tempestad, para decirte que es necesario vayas desocupando la casa desde mañana porque he determinado venderla ». Pilar, que se había acurrucado en un rincón, quedó como herida por un rayo y dirigiendo una mirada suplicante a la imagen le pidió valor y por primera vez en su vida, contesto varonilmente a su marido, mas este que acostumbraba tratarla como sabemos le dió una buena paliza.

Pilar, viéndose vencida, se arrastró como pudo a sus plantas y le rogó la dejase morir.

Salustiano, loco de cólera, saco su daga y diciendo: «Sea; quedara cumplido tu deseo », le asesto un golpe con la cacha de su arma en la cabeza, dejándola en el sitio. Un relámpago

alumbro aquella escena de horror mientras retumbaba el trueno hacienda temblar por vez única al bandido, que sentía los remordimientos como una braza de fuego en su criminal conciencia...

.....

Doce días después consiguióse capturar al gaucho y presentaron su cabeza como trofeo de buen gobierno en la ciudad, teniendo la justicia que dar la gratificación al que hizo aquel buen servicio a su país.





LUCE el cielo voluptuosas nubecillas de blancura inmaculada, peregrinas pasajeras que siguiendo el suave impulso del vientecillo de la tarde, se deshacen y se alejan, dejando azul y límpido el inmenso firmamento que se va cubriendo de hermosos celajes.

Por el camino real, como llamaban a la amplia senda, se oye el tintineo de una campanilla que anuncia el paso del chacarero con su recua de mulos. Era uno que salía del pueblo después de haber llevado las verduras al mercado.

En los bajíos resonaba un prolongado ¡jarre!... el grito del chico que alentaba una hermosa yunta a seguir la faena.

De pronto el eco hizo repercutir en el fondo del campo las sonoras y solemnes campanadas del Ángelus. Todo se silenció: los humildes chacareros dejaban sus labores y postrándose, elevaron una oración al Altísimo. Los pajarillos no permanecieron indiferentes en esta hora solemne, y sus cantares se alzaron también en coro para despedir con alegres trinos al día.

En los jardines, las flores cerraban sus capullos y el aire que se respiraba, embalsamado de perfumes de azahares que flotaban en la deliciosa brisa, como pedazos del alma de las flores, se transformaba en delicadísimo viento.

En estos campos y delante de una de tantas casas pertenecientes a los campesinos, se hallaba una pareja al parecer extranjera, contemplando el paisaje y observando con gran curiosidad las actitudes y costumbres de los chacareros.

-¿Sabes, Arturo, decía la mujer, que desearía quedarme en este lugar con toda mi alma? Ayer vino a verme la señora del subprefecto, y, como te conté, me dijo que más adelante el clima es tan espantosamente caluroso que solo da ganas de dormir. Cuando aquí me pagan tantas cosas, ¿cómo sería allá?

-Ya veremos, contestó él; ahora he recibido un telegrama en que me dicen que es probable se atienda, a mi propuesta, mandando otro ingeniero a Yacuiba, y entonces estarás contenta. ~Verdad?

-¡Oh!, ya lo creo, me encanta de veras este pueblecito. A pesar de sus deficiencias es tan romántico, tan delicioso, que te aseguro que no quisiera alejarme nunca de sus jardines que me recuerdan a los de nuestro pueblo. No te pasa a ti lo mismo, ¿o los has olvidado ya?

-¿Cómo quieres que los olvide? A mí me ha sucedido lo mismo; pero vayámonos, que la señora Carmen debe estar impaciente; ya se ha puesto el sol y es bastante tarde.

Bajó ella con el vela verde sobre el rostro, y siguieron ambos mudos en la contemplación del paisaje y de los chacareros que llevaban leña para sus cocinas.

Aquella pareja era de dos esposos recién llegados. El marido, ingeniero, había sido mandado a aquellas regiones por el gobierno para que estudiase la zona con el objeto de construir un camino carretero a la Argentina. Su esposa le acompañó sin temor a la terciana que con tan horribles colores la habían pintado.

Entraron en una casa solariega. Cuando subían la escalera, salióles al encuentro doña Carmen, dueña de la casa, una señora bastante gorda, y de coloradísimas mejillas.

-Al fin, -dijo respirando y meneando fa cabeza -, os he esperado cerca de dos horas; que paseo tan largo...

-Y ¡qué lindo!, señora -, interrumpió la esposa del ingeniero -, conocemos todo el pueblo.

-Vaya, pues, me alegro -, contestó la señora -, algo fastidiada por la interrupción, y cambiando de tono, prosiguió:

-Señor Arturo, el jardinero, que está en las ultimas, quiere hablar con usted.

-¿Conmigo?

-Sí, con usted; dice tener que comunicarle un secreto que no puede avisar a su pobre hija Beatriz.

-Veamos qué es eso, dijo Arturo, y pidió permiso para ir; pero antes de alejarse, volvió y dijo: olvidé preguntarle dónde está ese hombre.

-Yo lo guiaré, respondió un negro que hasta entonces había escuchado la conversación; éste era el criado de confianza del ingeniero.

-El criado y él se dirigieron al jardín, mientras la señora del ingeniero y doña Carmen subían las escaleras.

-¿Sabe usted, señora, que este calor me pone de mal humor? -dijo la señora del ingeniero.

-Es raro -contestó la otra -, pero pronto se acostumbrara usted.

-Tengo curiosidad, preguntó la del ingeniero, en saber para que necesita a Arturo ese hombre. ¿No sabe usted por casualidad?

-No señora, respondió la otra; apenas si tiene noticia de que están ustedes acá.

-¿Qué será? Se volvió a preguntar la esposa del ingeniero; pero al fin lo sabremos. ¿Sabe usted, señora, que tengo un hambre devoradora? El paseo me ha dado apetito.

-Pase usted al comedor, señora Isabel, o mejor, señora Rut; vaya que la confundo con la vecina, y hace ya dos semanas que están ustedes aquí.

-Rut, señora, Rut, cuantas veces se lo tengo dicho.

-Es verdad, pero es tan raro aquí ese nombre que no puedo retenerlo.

-Qué memoria la suya; pero ahora va olvidar usted que tengo hambre.

-No, señora, eso no; espere usted en el comedor, que allí le mandare una taza de leche, porque ya va a ser hora de comer, ¿acepta, usted?

-Lo que quiera, todo es de mi gusto.

Y la señora Carmen salió en busca de lo ofrecido, en tanto que Rut se dirigía al comedor.

* * *

Mientras tanto, el negro llevó a Arturo a un extremo del jardín, donde habían dos habitaciones. Allí vivía el jardinero que se hallaba en su lecho, pálido y demacrado como un cadáver; y sentada a su lado una muchacha que representaba veinte años; bellísima de porte y de ojos centelleantes; tenía la tez algo tostada por los rayos tropicales de aquellas regiones; su hermosa mirada reflejaba la tranquilidad de un alma fuerte; y su abundante cabellera, repartida en dos largas trenzas, le daba un aspecto de naturalidad y de grandeza hebraicas.

Arturo se fijó en ella y al comenta pensó que aquella no se parecía en nada a su padre.

Al ver el moribundo al ingeniero, mando que se retirara la muchacha; se incorporó trabajosamente para saludarle y, cuando estuvieron solos, la conversación se desarrolló así:

-¿En qué puedo servirle, buen hombre?

-Señor, -contesto el enfermo con voz temblorosa -; he mandado llamar a usted porque es preciso que escuche mi confesión.

-¿Su confesión?

--Sí, mi confesión; usted dirá que debo rendirla al cura; también la hare, señor, pero antes escúchela usted.

-Hable usted, sin temor; y sentándose en la vieja silla que había abandonado la muchacha, se dispuso a oírle.

El viejo reunió todas las fuerzas que pudo y empezó esta historia:

-Hace mucho tiempo, más de veinte años, un extranjero vino a esta tierra con el objeto de hacer fortuna en el negocio del ganado...

-Esto se parece a lo que paso con mi tío, interrumpió Arturo.

Le fuego no me interrumpa, señor.

-Está bien, siga usted, -dijo Arturo, que lo que le decía le empezaba a interesar vivamente.

-Aquel extranjero me tomo a mí por su sirviente, y en poco tiempo conquiste su cariño; su señora me tenía por el criado de más confianza, estuve con esa familia cerca de cuatro años; durante los cuales nació una nena. De pronto se vieron obligados a hacer un viaje a la Argentina, por la salud de la señora.

Con forme adelantaba el viejo, se ponía más apesadumbrado.

-El extranjero, -prosiguió -, no quiso llevarme por lo costoso del viaje, pero yo insistí; la señora tenía un cofre lleno de joyas de gran valor que representaba toda una fortuna, y nunca he podido comprender como aquellas personas, teniendo cosas de tanto valor, parecían no disponer de suficientes recursos para vivir. La señora me encargo a mí para que llevase el cofre, sin avisarme lo que contenía, a pesar de que yo lo sabía; puede usted darse cuenta de la confianza que en mí habían depositado.

-Cuando estuvimos en medio camino, la ambición me cegó -una lagrima rodaba por las mejillas del viejecito -, y ¡oh! qué horror, señor Arturo, -dijo -los maté a los dos a puñaladas; y el extranjero, en vez de maldecirme, me en cargo que cuidase de su hija, la que se hallaba llorando en un extremo extendida de largo a largo y con la cabeza rota, pues la madre la hizo caer al recibir la herida, mortal.

Aterrado yo y sin darme cuenta de lo que había hecho, recogí a la nena y huí al Chaco argentino, llevándome las joyas, que las enterré a las tres leguas de Yacuiba, al pie de un roble que estaba a cien pasos de las ruinas de una ermita quemada.

-¿Y quién era aquel extranjero? - aventuro a preguntar Arturo.

-Aquel extranjero era, don Ramón, hermano del padre de usted.

-¿Y la chiquilla?

-La chiquilla es esa a la que he mandado se retire.

El viejecito sollozaba, y su voz iba perdiendo poco a poco su claridad. Le faltaron las fuerzas para permanecer incorporado y dejóse caer sobre las almohadas.

Arturo no sabía qué hacer, si maldecir al viejo criminal o perdonar el arrepentimiento del que se hallaba en las puertas de la muerte.

Al cabo de un rato el viejo dijo en voz tan imperceptible que obligó a Arturo a acercarse más al lecho.

-He pagado bien mis culpas, señor, con el remordimiento; y, además, una mula endiablada se paraba todas las noches después de las doce frente a mi casa y bufaba de una manera que daba miedo; me miraba con una mirada llena de fuego, y los de la comarca creyeron que yo era brujo: me arrojaron de todas partes; pase mi vida emigrando, y hace tres años solamente que he vuelto aquí, donde nadie me ha reconocido.

Ahora, señor, perdonadme y no os olvidéis de Beatriz cuando yo muera. Hizo una mueca postrera de arrepentimiento; tomó su fisonomía un color mordoré extraño y torciendo los ojos inyectados en sangre, dijo con voz enronquecida:

-Buscad también la fortuna donde os he indicado. Hasta la eternidad...

* * *

Arturo salió al jardín sudoroso y temblando de impresión, y viendo que no le quedaba que hacer, pasóse el pañuelo por la frente y los ojos sin saber si lloraba o no, para dirigirse donde su esposa.

El cielo estaba cubierto de estrellas y en vez de los hermosos celajes que había visto en el campo, distinguió una inmensa nube blanca sombreada de negro, igual a un enorme sudario de muerte que sobre el jardín soñoliento inclinara el resplandor de un crepúsculo litúrgico y extraño.

El negro, que había quedado detrás de la puerta, escuchando la conversación, se escondió en el tronco de un árbol hasta que el ingeniero desapareció por la puerta del jardín.

Beatriz que no tenía, noticia de lo que su padre iba a decir al ingeniero, notando que este se había retirado, entro resueltamente porque creía que a ella le tocaba el turno de conversar con el moribundo, que tenía los ojos cerrados y parecía dormir. Se le acercó de puntas para no

despertarlo, sentándose en la silla de la cabecera, donde estuvo largo rato en silencio. El padre, que parecía muerto, hizo un supremo esfuerzo y llamándola, la dijo:

-Hija mía, ahora sólo te queda encomendar mi alma.

-No diga eso, padre mío, contestó la chica sollozando.

-Pero, ¿qué remedio, hija, si esta es la verdad? Ya casi no existo, querida Beatriz, y prepárate a cumplir mi última voluntad y es la de que sigas al señor Arturo y su señora a donde te lleven.

* * *

Apenas volvió Arturo, buscó a su señora que se encontraba en su habitación. La halló leyendo un libro, y tan pronto como se vieron la dijo:

-¡Cuanto has tardado! ya iba yo a cenar sin ti; vamos, allá me contarás lo que te ha dicho el jardinero; y levantándose, lo llevó al comedor.

Arturo no quiso decir nada a su señora de la confesión del viejo; contentándose con responder a sus preguntas de este modo:

-¿Para qué te necesitó ese hombre? –dijo Rut.

Sabes, querida mía, que ese hombre está en las últimas?

-Así me lo dijo la señora Carmen; pero ¿qué es lo que te ha, dicho?

-Ahora te lo voy a decir; pero, antes, dime si quisieras una muchacha que te sirva de compañera.

-¡Oh! con toda mi alma, Arturo; cuando tú te sales, me muero de aburrimiento.

-Pues quiere que me haga cargo de su hija que, según parece, es una buena muchacha y yo he aceptado por ti.

-Has hecho bien.

-Pero debo decirte que debes tratarla como a una hermana, porque hay algo por en medio que más después te lo diré.

-¿Y por qué no ahora, Arturo?

-Porque es un secreto.

-Me ofendes con esa desconfianza.

-Pues bien, porque esa muchacha, Beatriz, es mi prima.

-¿Tu prima?

-Sí, y por lo tanto tu cuñada. Es hija del tío Ramón a quien asesinaron aquí.

-¿Y de qué modo la tenía el jardinero?

-Eso ya me es imposible decirte, querida Rut.

Rut quiso respetar el secreto y dijo:

-Pues bien, no insisto; pero estoy feliz de tener una hermanita.

* * *

Pocos días después murió el jardinero y Arturo recogió a Beatriz, a la que Rut no reveló el secreto por orden de su esposo.

Beatriz estaba contentísima. Ella que tantas veces había soñado con ser una señora, veía cumplida su ambición. Rut no permitía que la llamase señora y se trataban de tú.

Entretanto, el negro, que sabía el secreto, estaba dispuesto a robar las joyas y huir, cosa que le era tan fácil; pero se pasaba los días buscando el pretexto para retirarse; y el cariño que antes había tenido a sus amos, se transformó en odio.

Poco tiempo después se trasladaron a Yacuiba porque el gobierno no atendió la solicitud de Arturo.

Apenas se le presentó la ocasión, el negro pidió permiso para descansar un tiempo, porque ya estaba viejo, y con aquel pretexto se fue a buscar el tesoro, que lo encontró después de haber pasado grandes peripecias en el camino, volviendo a la semana, otra vez a prestar sus servicios.

A Arturo, también se le ocurrió que ya era tiempo de buscar el tesoro, por lo que una noche, hablando con Rut, le decía:

-Pronto tengo que hacer un viaje, Rut.

-¿Tú solo?

-Yo creo que es lo más conveniente.

-¿Por qué y adónde vas?

-A tres leguas de aquí.

-¿A Caiza?

-No, si Caiza está mucho más lejos, voy al Chaco.

-¿Y por qué no me llevas?

-Porque es viaje peligroso.

-Si corres peligros tú, yo también quiero correrlos.

-Pero piensa bien, querida, en lo que dices.

-No tengo necesidad de pensar; iré donde tu vayas.

-¿Y con quien se quedara Beatriz?

Rut quedóse mirando a Beatriz, como esperando su respuesta.

-Yo iré adonde Rut vaya, ¿por qué no nos lleva usted Arturo? -dijo a, su vez Beatriz.

-Pues bien, entonces, vamos -, dijo Arturo -, pero apúrense en arreglar las cosas para dos días de viaje.

Rut abrazó y besó a Beatriz en agradecimiento y le dijo: Date prisa, hermanita, y tráeme las alforjas.

Al día siguiente partieron a las seis de la mañana.

El calor era sofocante. Todos tres, sentían decaer y languidecer sus fuerzas, y los animales caminaban con más calma y pesadez, y apenas llegaron cerca de la ermita, tuvieron que hacer una siesta par descanso.

Los frondosos árboles los acogieron bajo sus espesos follajes. Al despertar el ingeniero vió con gran sentimiento que perdieron un tiempo precioso porque su reloj marcaba las dos de la tarde, hora en que todos los reptiles e insectos salen de su madriguera para recibir los rayos del sol y abruman con zumbidos ensordecedores y su aspecto abominable; por todas partes se veían enormes iguanas arrastrarse sobre la tierra, hierbas y las florecillas campestres persiguiendo a sus inofensivas víctimas; víboras enroscadas en los árboles, que parecían dormir; y más arriba prendidos en las ramas y en las hojas infinidad de insectos de todos colores que también revoloteaban por el espacio, lo que era propio para la colección de un zoólogo.

El ingeniero, que no vio estas variedades de la naturaleza, despertando con cierta impaciencia a las dos mujeres, se puso a merendar. Rut, que se fijó en la infinidad de mosquitos que revoloteaban alrededor de lo que iba a comer, sentía asco; pero el hambre la venció. No sucedía esto con Beatriz, acostumbrada a vivir en aquellos climas. Rut, después de comer, fue reconociendo lo que la rodeaba y gritaba espantada al ver un nuevo reptil; quiso apoyarse sobre una piedra, pero allí cerca dormitaba una serpiente, por lo que llena de horror, exclamó:

-Es imposible, Arturo, yo no seguiré adelante; todos estos animales me horrorizan; tengo miedo que me de fiebre; sigue tú el camino que yo vuelvo al pueblo con Beatriz.

-Está bien, contesto el ingeniero, entonces yo solo buscare el tesoro puesto que tú me abandonas.

Estas palabras conmovieron a Rut que quería todavía a su esposo como cuando los unieron ante el altar.

-Yo no me iré -, dijo con ternura -, te seguiré a donde vayas, porque tu suerte es la mía.

-Eso corre de tu cuenta, querida; yo me he opuesto a que vinieras, pero tú lo has querido - y dándole un beso en la frente, monto de un salto en el caballo. El cariño venció al miedo. Rut también montó sin sentir. Avanzaban en el camino teniendo que servirse muchas veces del machete para abrir camino en esos espesos bosques.

* * *

Entretanto, el negro se disponía a huir, cuando una reflexión le contuvo.

¿Cómo podían sospechar los amos que él hubiese robado el cofre cuando ni sabían que el había sorprendido el secreto? Y, además, no tenían noticia de que el había ido al Chaco.

Pero otra cosa le decidió: cómo poder realizar allí todas esas joyas?

-Nó, -dijo -hay que irse, esperemos que sea media noche, para que no se entere nadie de mi fuga.

Tocaban las doce de la noche. El negro salta cautelosamente del jardín; pero apenas había llegada a la puerta de la calle, los animales de por allí anunciaron con sus voces el terror que les inspiraba una aparición extraña e infernal. Los perros de la casa rompieron sus cadenas con extraordinaria fuerza y colocándose en la puerta al lado del negro, aullaron lastimeramente. Los habitantes asustados, se habían levantado, temiendo una hecatombe; pero lo único que vieron fue

un mulo que parecía endiablado, pararse delante de la casa, donde vivía el ingeniero y que haciendo cabriolas imposibles, bufaba atrocemente. Sus ojos despedían llamas de fuego y con aquella mirada infernal con que durante años castigó al asesino de don Ramón, se fijó en el negro dejándolo asustado.

La población entera temblaba de pavor, porque desde muchos años atrás se reproducía este espectáculo misterioso, digno de ser descrito o recordado por el Dante cuando en su Canto Cuarto nos representa a Cerbero en estos espeluznantes e inmortales términos:

«Cerbero, fiera cruel y monstruosa, ladra con tres fauces de perro contra los condenados que están allí sumergidos. Tiene los ojos rojos, los pelos negros y cerdosos, el vientre ancho y las patas guarnecidas de uñas, que clava en los espíritus, les desgarran la piel y los descuartiza. La lluvia les hace aullar como perros; los miserables condenados forman entre sí una muralla con sus costados y se revuelven sin cesar. Cuando nos descubrió Cerbero, el gran gusano abrió las bocas enseñándonos sus colmillos; todos sus miembros estaban agitados. Entonces mi guía extendió las manos, cogió la tierra y la arrojó a puñados a las fauces ávidas de la fiera. Y del mismo modo que un perro se deshace ladrando y se apacigua cuando muerde su presa, ocupado tan sólo en devorarla, así también el demonio Cerbero cerró sus impuras bocas, cuyos ladridos causaban tal aturdimiento a las almas que quisieran quedarse sordas ». - («La Divina Comedia», Dante Alighieri. - Canto Sexto. Traducción de M. Aranda Sanjuan).

El negro sintió arrepentimiento de lo que iba a hacer y aplazó su viaje para el día siguiente, pero como la escena se repitió durante las tres noches en las que el ingeniero se hallaba, fuera de la casa, el que era supersticioso, resolvió devolver la fortuna a su dueño.

Al amanecer del tercer día llegaron el ingeniero, su señora y Beatriz. Arturo estaba desconsolado; arrepentido por el viaje que había hecho a costa de la salud de Rut, sin haber encontrado el tesoro.

Apenas llegaron, Beatriz se encargó de cuidar a Rut que estaba con terciana, mientras Arturo iba en busca, del médico.

Por casualidad entró Beatriz a su pieza, y grande fue su sorpresa al encontrar en su mesa cabecera una gran caja con su llave en la cerradura. La abrió con mucha curiosidad, y vió en ella hermosas joyas que parecían las ilusiones de un sueño. Probó a alzarla, lo que apenas le fue posible, y encaminóse con ella a dar parte a Rut; y como allí encontrara al médico, tuvo que esperar unos minutos.

Pero tan pronto como este se retiró, aviso a Arturo y a Rut el hallazgo, y tan grande fue la admiración que produjo en estos, que preguntaron al negro quien había llevado aquéllo. Este se negó haber visto a alguien, sin que nunca hubiesen podido saber, quien habida llevado la caja de joyas.

La enfermedad de Rut se complicó con fiebre tífus, y después de una larga enfermedad murió rogando a Arturo hiciese feliz a Beatriz.

Al poco tiempo, Arturo se trasladó a Buenos Aires, donde se instaló y hoy vive viejo y sin más en canto que el alegre hogar de Beatriz, casada con uno de los hombres más prominentes de la gran nación Argentina.





POR los alrededores de la ciudad, en un hermoso castillo que parecía la morada de la dicha más completa, vivía una familia de la más alta posición, rodeada de las comodidades que puede permitir una gran fortuna. Pasaremos contigo, querido lector, los umbrales del castillo para enseñarte los secretos que encierra. Lo que primero vemos es una habitación tapizada de gasas y encajes blancos, amoblada con elegancia y buen gusto; allí se encuentra una variedad de juguetes y cuadros con figuras festivas que indican que aquel precioso rincón es la jaula dorada de algún niño mimado. En efecto, en uno de los extremos se destacan dos elegantes cunitas, una de ellas ocupada por una hermosa niña de ojos celestes y dorado cabello, bella como el amanecer de un día primaveral, pero cuya palidez enfermiza parece haber proyectado su sombra en el ambiente, según lo demuestra el dolor pintado en el rostro de una joven y simpática señora que, sentada al lado de ella, la mira con inquietud.

Quando la dama notó que la pequeña dormía, se levantó para tocar la campanilla colocada, al centro de las dos cunitas y esperó con impaciencia la llegada de la doncella.

-Ana -dijo ella, sin que la nombrada acabase aun de entrar -¿no ha vuelto aun Oscar?

-No señora, -contestó la vieja sirvienta con pesadumbre -; no ha vuelto todavía.

-¿Ves? Ya van tres días que esta fuera, y parece que no hubiera recibido el alarmante telegrama que le hice por la enfermedad de Alicita; -la dama expresábase con amargura, y desaliento y ocultó su abatido rostro entre la extraña nerviosidad de sus dos manos.

-Vamos, señora) -dice la doncella compasiva -, no es para tanto, seguramente lo retienen sus negocios.

-No, Ana, no trates de disculparlo; Oscar no tiene por qué estar en la ciudad, al menos yo no veo la causa de sus prolongadas ausencias, con bastante claridad... Y ahora ¿qué es de Julio? ¿ha comido ya?

-Si señora, y si usted cree conveniente lo voy a acostar.

-Me parece muy temprano, haz que juegue un rato.

La sirvienta salió, quedándose María entregada a su dolor, pues sus hermosos ojos velábanse por las lágrimas que rodaban lentamente por sus pálidas mejillas.

Oscar, el esposo de María, había sido en otro tiempo buen hijo y más tarde ejemplar esposo, pero su conducta sufrió repentinamente inesperado cambio, que ensombreció la diafanidad feliz que reinaba en el castillo.

7 -Violeta de oro.

María, joven acostumbrada al extremado camino que sus padres la prodigaron, sentíase terriblemente violenta del abandono de su esposo. Sus labios que en otro tiempo tuvieron solo palabras de amor y dulzura, temblaban al querer preguntar la causa de aquel cambio, y su corazón sufrió un día la más terrible decepción al saber la vida disipada que llevaba Oscar en la ciudad.

Entonces, tomó la firme resolución de tener una explicación con su esposo, más al verla todo lo olvidaba, volviendo después a su mortal abandono.

.....

Así pasaba el tiempo.

Alicita se restableció por completo, volviendo con esto la felicidad al castillo. María olvidaba un poco sus penas, contemplando desde el balcón a sus dos pequeñuelos, que jugaban en el jardín. Las alegres risas de los niños confundidas con el ruido del surtidor y el trino de los pajarillos muchas veces la arrancaban de su abatimiento.

* * *

Mientras tanto, muy cerca al castillo había una niña mucho menos afortunada que Alicia. Esa niña se llamaba Irene y no había conocido el amor maternal, como que ignoraba quienes habían sido sus padres. Vivía con una señora a quien llamaba "tía" por la que era estropeada sin compasión, pues tenía por costumbre, cuando estaba, de mal humor, arrojarla de la casa. La pobre niña cuando esto ocurría, no sabiendo que hacer y sin tener a quien volver los ojos, buscaba por lecho un duro banco de piedra que había frente al castillo.

Cierto día, Alicia y Julio, burlando la vigilancia de Ana, salieron a la avenida donde encontraron a la infeliz Irene, en el banco de piedra. Admirados los niños la llenaron de preguntas y en muy poco tiempo se hicieron amigos, ms no tardó en enterarse de ello Ana, quien les prohibió terminantemente aquella amistad que se le antojaba peligrosa.

Los dos hermanos no conformes con aquella prohibición, y no pudiendo olvidar a su humilde amiga, tuvieron que desobedecer a su ama, la que se vió obligada a consentir en ello, no sin convencerse antes de que no había peligro alguno.

Poco después llegó la apertura de los colegios. Los niños que ya estaban en edad de empezar su educación, tuvieron que trasladarse a la ciudad para inaugurar sus tareas escolares. Irene quedó desconsolada al ver partir a sus amigos, con quienes se iban sus únicas horas de alegría.

* * *

La vida de Irene transcurría sombría y monótona. Aquella alma delicada habíase familiarizado de tal manera con el sufrimiento, que para ella no podía existir la felicidad; y aunque su juventud la disculpase, jamás se hizo ilusiones. Comprendía que en el mundo había seres que nacieron para sufrir, y entre ellos se contaba. Era una esclava del carácter infernal de aquella arpía que a su lado tenía constantemente, para ser reprochada en sus más insignificantes actos; mas todo esto ya no le importaba; su única preocupación era la de averiguar, quienes eran sus padres, asunto que se presentaba tenebroso, porque habiendo indagado por él a su tía, solo recibió por contestación, miradas de odio e injuriosas palabras; pero, al fin, su deseo se cumplió.

El día en que cumplía diez y siete años, recibió de manos de la mujer que la tenía una carta amarilla por el tiempo, a la que acompañaron estas sentenciosas palabras: «Tiempo es de que sepas quien eres, toma y lee ». Temblando recibió ella aquel papel, pues sabía que nada bueno podía darle su tía, y medrosa fue a un rincón a enterarse del contenido de ella, que era el siguiente:

«Querida hermana:

» Esta es la última suplica que te hago. Ablanda tu duro corazón y escucha, benigna, a una pobre pecadora arrepentida, próxima a exhalar el último suspiro.

»Maldecida por mi madre, rechazada por mi única hermana, y burlada por el hombre que me arrojó al abismo, he pasado una vida ignominiosa pagando mi debilidad, mas ahora termina todo. No te pido nada para mí, pero te suplico con el corazón destrozado, recojas a la inocente niña que dejo; no quiero que ese ángel sufra el peso de la falta de su madre, mucho menos la maldición de la mía.

»Esperando tu perdón confío en ti. Hasta la eternidad. Tu desgraciada hermana

Amalia ».

El rostro de Irene se hallaba inundado de amargas lágrimas. -¡Oh, Dios mío, que dolor! - exclamó, y sus labios enmudecieron. No sería ella quien juzgase los actos de su madre, le bastaba saber que había sido su vida un doloroso calvario, y por esto sentía crecer hacia ella su amor y veneración.

Supo donde había sido enterrada, y desde aquel día no deja de ir a llorar y rezar sobre su tumba; haciéndosele desde entonces más ligeros sus pesares.

* * *

Mientras tanto en el castillo todo estaba cubierto de luto. Hacía tiempo que la señora María había muerto víctima de su pesar, y su esposo arrepentido llevaba una vida ejemplar al lado de sus hijos, queriendo así compensarles de la falta de su madre, reparando al mismo tiempo su antiguo desamor; mas este consuelo fue muy fugaz para los dos hermanos, porque solo era el preludio de un nuevo dolor. Oscar no tardó mucho en seguir a su esposa, y antes de morir, presintiendo su fin, logro dejar asegurado el porvenir de sus hijos. Alicia era prometida de un joven digno en todo concepto de ella, y Julio habíase recibido de ingeniero.

Seis meses más tarde se hacían los preparativos de boda de Alicia y para ello fue llamada la buena Irene a quien los dos hermanos no habían olvidado. Presurosa acudió al castillo, deseosa de abrazar a sus tiernos amigos, mas muy lejana se hallaba de imaginar la impresión que causaría allá, después de tanto tiempo de no haberse vista.

Todo fue alegría cuando Irene los visitó. Alicia no sabía cómo expresar su gozo; llenábala, de atenciones y admirada la contemplaba. Irene sorprendíase del examen de que era objeto, pues aquella joven poseía una belleza extraordinaria, y no había tenido un espejo donde poder apreciar sus dotes, hasta que le fueron revelados por su amiga Alicia.

Esta, después de abrazarla repetidas veces, le dijo que tenía, que hacerle muchas confidencias, para lo cual se la llevó al jardín. Allí conversaron largamente. Alicia contóle todos los detalles de su vida desde que se separaron, llorando al recordar la pérdida de sus padres, y sonriendo al pensar en la felicidad que la aguardaba al unirse para siempre con el hombre a quien ella amaba. -Muy pronto lo veras -le decía -y entonces participarás de mi opinión.

Cuando Irene fue preguntada por su vida, contestó enjugándose una lágrima. Alicia, que ya la sabía en parte, no insistió por no avivar su dolor y cambiando de conversación le habló de sus preparativos de boda.

Entretanto el tiempo pasaba. Cuando se acordaron de ello las dos amigas, el sol hacía rato que ya se había ocultado. Volvieron al castillo donde un lacayo les hizo saber que Julio, acompañado del novio de Alicia, las esperaba en el salón; allí se dirigieron y la novia hizo la presentación de Irene. Al reconocerla el ingeniero no pudo menos de estrecharla entre sus brazos, recordando las horas que pasaron en su infancia, pero entonces eran dos niños y en aquel momento se veían jóvenes y hermosos; pensando esto la muchacha la rechazó dulcemente, mientras sus mejillas se encendían en vivísima purpura. -Discúlpame, Irene, -díjola él, -pero es tanta la alegría que siento al volverte a ver y encontrarte tan bella, que no supe dominar mis sentimientos.

Irene agradeció con una mirada las palabras de Julio, mirada que penetró en lo más íntimo del corazón del joven, haciéndole sentir inexplicable gozo.

* * *

Irene y Julio eran novios y habían decidido casarse el mismo día que Alicia; pero para ello no se había hecho todavía la principal de las diligencias, como era la de pedir su mano a su tía; tal era el temor de la muchacha sobre esto que a pesar de las promesas de Julio de salir triunfador, no quiso ceder hasta que quedaron en que la sorprenderían después de casados.

Todo estaba listo en el castillo para las bodas. Alicia no cabía en sí de gozo, y el ansiado día se acercaba rápidamente aumentando con ello las zozobras de Irene, que seguía al lado de su tía, quien no sospechaba nada, aunque si la extrañaban los continuos recados que Alicia enviaba, a su sobrina, así como las frecuentes visitas de ésta al castillo.

Llegó la noche anterior a la boda. Irene en el día había llorado mucha, y al ser interrogada por Julio, respondió que tenía, un triste presentimiento, atribuyendo sus lágrimas a escrúpulos de conciencia que la acusaba del acto que iba a consumir sin el consentimiento de su tía. Por esto resolvió contárselo todo. La señora que estaba de muy mal humor, encontró en ello un motivo para descargar sus iras sobre la pobre Irene y haciéndole recuerdo de la conducta de su madre, la injurió y la amenazó contárselo todo a Julio, y volviendo a su inveterada costumbre la echó de la casa. Irene desconsolada siguió el camino que tantas veces había recorrido en su niñez, y fue a buscar un lecho en el duro banco de piedra, y apoyando la cabeza en él, se tendió sobre la yerba.

* * *

Las negras horas de la noche estaban cubiertas de terrible misterio. El viento soplaba fuertemente sacudiendo el follaje de los árboles. El cielo lúgubremente encapotado ocultaba los fulgores de la luna. En el castillo todo el mundo dormía y sólo. Julio pensaba inquieto en su dulce prometida y en las lágrimas que vió correr aquella tarde por sus mejillas, sin poder conciliar el sueño. Fue el primero en levantarse al día siguiente.

Queriendo dar un paseo para disipar sus negros temores, salió hacia la antigua alameda que le viera jugar en su infancia, y grande fue su sorpresa al encontrar a Irene que dormía en el mismo lugar donde por vez primera la vio. Acercóse lleno de ternura a despertarla como hiciera en otro tiempo, mas entonces no respondió a su llamada; posó sus labios en sus blancas manos y al encontrarlas frías como el mármol, se apresuró a ver los ojos que el día anterior lo miraran con tanto amor, mas por desgracia la luz que ardía en ellos se había apagado para siempre; su rostro estaba pálido, lleno de la palidez que deja las caricias de la muerte. Julio, sobrecogido de espanto, cayó de rodillas, regando con sus lágrimas las negras trenzas de su adorada muerta.

Irene fue tendida en los salones del castillo que se hallaban engalanados para su boda, habiéndole servido de mortaja su blanco traje de novia y su corona de azahares. Alicia lloró mucho la muerte de su amiga, mas al menos tuvo quien la consolara, mientras Julio moría de dolor.

Y ahora, querido lector, aquel castillo que parecía la morada de la dicha más completa y cuyas puertas hemos abierto para descubrir los misterios que encerraba, cerrémosle empañado por las lágrimas del dolor.



CONVERSABAMOS alegremente de los extraños romanticismos de Hugo, que en las historias dispersas de sus «Miserables» culmina en idealismo y pasión, declamando los misterios de la democracia... Blanca Rosa dió los últimos acordes de los «jongleurs» de Massenet y giró el taburete hacia los conversadores. Carmela, distraídamente hojeaba una revista ilustrada de Nueva York. Y el ambiente tornóse de artístico en prosaico, refiriéndonos el viejo amigo que visitaba la casa el siguiente breve relato de nuestras tragedias políticas.

Allá por los años - nos dijo en tono solemne y doctoral - en que nuestros abuelos hicieron una revolución federal con fines verdaderamente patrióticos, habiendo sido engañados el pueblo y ellos mismos por los que mañosamente se apoderaron de la situación, ocurrieron sucesos extraños, de los que no todos merecen ser olvidados. Nadie ignora que cambiado el personal de gobierno, las aspiraciones de los hombres justos fueron traicionadas por la lucha política de los partidos.

Los dirigentes revolucionarios, hicieron un llamamiento a las provincias del departamento de La Paz para afrontar al ejército nacional. Y uno de los pueblos más bravos se alistó en el batallón "Omasuyos", superando más tarde en resistencia y valor a los demás de la guerra civil de los Cruceros.

Había por entonces en el pueblo una familia cuyo jefe era el hombre más respetado del lugar, quien con la perseverancia en el trabajo y por sus nobles sentimientos llegó a tener una gran situación económica. Este caballero trataba con mucha delicadeza y magnanimidad a sus colonos, lo que le granjeó la estimación y cariño de todas las familias.

Entre sus hijos se distinguía Macedonio, por su inteligencia y carácter, quien sin meditar bien en las causas revolucionarias, se alistó en las filas del batallón "Omasuyos", ocultando estudiadamente su actitud al padre y creyendo poder servir en algo a su patria.

El padre, que sabía perfectamente los móviles de la revolución, se opuso a que se incorporase en el batallón; y sus reflexiones eran bastante atendibles. Le expresó que si se tratase de defender a la patria con fines más sagrados daría su consentimiento, pero que en aquel caso no pasaba de ser el estallido de mezquindades políticas. Las familias y amigos del militar novel se opusieron igualmente y le rogaron no se comprometiera en tan descomunal empresa.

Macedonio no hizo caso y siguió en las filas. Pero el padre, que gozaba de influencias en la Junta de Gobierno, consiguió le dieran de baja de su grado de teniente. Mas el joven, dominado por tan extraño capricho, ingresó como soldado raso en otro regimiento y ante esta decisión el gobierno le devolvió su grado.

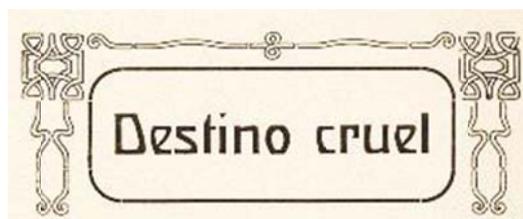
Allí había un compañero de Macedonio, a quien quería mucho y antes de partir juraron ambos acabar con la vida del que primero de los dos fuese herido.

Cuando iban a salir al combate el joven fue a pedir la bendición a su padre, y este que había sido profundamente herido en sus paternos sentimientos, lo recibió muy serio y en un momento de exaltación le dijo: «Llevas mal destino al haber contrariado el cariño de tu padre y la voluntad de tus amigos. Tu camino es desgraciado. ¡Anda! »

El presentimiento del padre se cumplió; pues uno de los primeros heridos fue su hijo. Y fueron catorce las heridas que recibió de otras tantas balas, sobreviviendo dolorosamente cuarenta y ocho horas.

Al compañero de armas que lloraba desconsolado junto al herido, le faltó valor y fue incapaz de cumplir su juramento.





EN una pequeña aldea donde muy rara vez llegaba a turbar la paz el bullicio ciudadana, existía una familia que en otro tiempo fue muy feliz, hasta que quedó destruida por la guerra, pues solamente la madre resistía los embates de la vida, acompañada de su hija Lucia, que desde los catorce años se vió obligada a trabajar más de lo que en realidad le permitían sus fuerzas, para ayudar a su madre y procurarse el sustento.

Las dos vivían en una rustica casita, única que les quedaba de la gran herencia de sus mayores, una vez que se habían visto obligadas a vender todo bajo la presión de las necesidades.

Lucia no recibió ninguna educación y no tuvo más remedio que dedicarse a la lavandería, oficio rudo, por cierto, pero que lo resistía por las necesidades de la existencia.

Apenas amanecía el día la aldea sonreía llena de vida. Un hermoso cielo azul coronaba las nevadas montañas que la rodeaba, reflejando su diafanidad y pureza en las cristalinas aguas del caudaloso río que bañaba sus orillas. A lo lejos y por el lado izquierdo se distinguía la tierra carcomida de la vieja iglesia que con sus destempladas campanas anunciaba la primera misa, viéndose por la derecha una casita separada de todas las demás y no muy distante de las orillas del río; aquella era la morada de la joven viuda y de su hija.

El sol esparcía con más amplitud sus doradas hebras, ascendiendo lentamente a besar los cristales de la alcoba de Lucia, mientras la muchacha, al calor de su ósculo despertaba asustada, creyendo haber dormido más de lo acostumbrado. Enderezóse rápida y con las manos juntas rezó, piadosa, su oración matinal; luego se vistió con prisa, abrió la ventana, cogió la jaulita de un canario, su dulce compañero y lo puso al sol. El animalito, agradecido, comenzó a alegrar a la niña con sus trinos, pidiendo con ellos su comida. Lucia, solícita, acostumbrada a traducir tan delicioso lenguaje, le cambió agua y le puso alpiste.

Poco después bajaba al comedor, donde su madre la esperaba con el desayuno preparado que se lo tomó apresuradamente y después, acercándose a su madre, le dijo:

-Mamá, quiero pedirte un favor. ¿Me lo concederás?

-¿Cómo yo podré negarte nada, hija mía? A no ser que fuese algo no previsto por lo reducido de nuestros recursos, - respondióle la madre con profunda ternura.

-No, no se trata de recursos, mamá, - replicó la niña - lo que quiero pedirte es que no trabajes tanto, puesto que lo que yo gano no nos alcanza para nada, triplicaré, madre, el trabajo, por sólo verte descansar.

-No hija, eso no es justo, y yo no lo permitiré jamás, - respondió la señora con tristeza.

-Pero al menos, prométeme, mamá, no pasar las noches trabajando, anoche te sentí retirarte demasiado tarde, eso resiente tu salud, ¿verdad que me lo prometes?

-¡Qué buena eres, niña mía, cuanto debe agradecer tu padre desde el cielo el cuidado que pasas por mí! -y evadiendo la contestación, volvió la cabeza haciéndose la que buscaba algo para ocultar a su hija sus lágrimas; entonces su vista tropezó con el cesto de ropa que tenía que llevar al río, Lucía, cogiólo y entregándoselo le dijo: Anda, ve, que se hace tarde, procura que no te de mucho el sol, y vuelve temprano.

Lucía recibió la ropa y después de besar apasionadamente a su madre salió de prisa.

La señora acercóse a la ventana, siguiendo con la vista a su hija. Estaba pensativa y el llanto seguía mojando sus mejillas, consternada de la voluntad de aquella, niña para el trabajo; su corazón de madre le reprochaba que consintiese en ello; pero, ¿dónde encontrar un trabajo más propio para ella? No había mas remedio, a pesar de verla desmejorar mucho por su indisimulable palidez, y por las ojeras negras que orlaban sus soñadores ojos.

Las dos pasaban las veladas juntas, y mientras la madre cosía, Lucía leía algún libro. Cierta noche una tempestad se desencadenó; los relámpagos se sucedían unos tras otros y la lluvia azotaba fuertemente los cristales de la ventana del comedor. Lucía sentía un fuerte dolor de cabeza y su madre se opuso a que saliera a recoger la ropa que había dejado a secar en el campo, donde fue ella misma a buscarla.

Lucía quedó sola en la habitación, y como sintiese rendirle el sueño de cansancio, se acostó al lado de un brasero en el que hervía un caldera de agua.

No tardaron mucho en cerrarse sus ojos. El fuego del brasero le daba un tinte rojo aumentando la palidez de su rostro. Una triste sonrisa adornaba sus trémulos labios, mientras su negra cabellera arreglada en dos trenzas caía lánguidamente sobre sus espaldas y sus tostadas manos sostenían aun el libro que acababa de leer; no era bella, pero sí muy atractiva.

La tormenta iba cesando. Había ya pasado un cuarto de hora y la madre no volvía. Un relámpago alumbró la habitación, hacienda el trueno temblar el pavimento. Lucía despertó alarmada y como no viese a su lado a su madre, llamóla a voces, pero nadie le contestó. Salió en su busca y la halló desmayada en el campo. Lucía no supo que hacer porque nunca se encontró en parecido caso.

Apenas pudo arrastrarla hasta la casa, donde paso largo rato llamándola, sin conseguir nada, hasta que llena de desesperación fue en busca de alguna vecina.

.....

Por aquel entonces la guerra europea se había declarado. Los mineros buscaban con ahínco vetas de wólfram y en aquella aldea las encontraron muy ricas. Muchos extranjeros invadieron con este motivo la aldea, aumentando asa grandemente su población y transformando aquel precioso lugar, que tenía el encanto de su soledad.

* * *

Mientras duró la enfermedad de su madre, Lucía tuvo que doblar su trabajo, para poder sostenerla y pagar al médico que la asistía, pero todos sus sacrificios fueron inútiles, pues a pesar de sus esfuerzos, murió dejándola huérfana en el mundo.

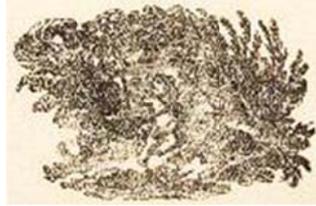
El cura del pueblo, compadecido, la instruyó un poco y así la niña pudo sobrellevar el dolor que la oprimía por la pérdida de su madre, porque sin ella pasó muy amargos días en los que muchas veces le faltaba el pan para llevarse a la boca.

Así pasaron los años. Lucía ya era mujer. Los que la conocían, queríanla mucho y las sonoras la ocupaban por su formalidad, habiendo adquirido entre los de la aldea el nombre de «Lucía la planchadora ». Dotada de un carácter angelical, cautivó el corazón de un joven minero, al que le costó poco hacerse corresponder, porque aquel corazoncito en flor no tenía, a quien querer

en el mundo, y sus sentimientos de mujer elevaron un altar hermoso y firme a la persona a quien por vez primera amó.

Casóse, pero disfruto bien poco de su felicidad. Los sufrimientos habían afectado su corazón y murió, como su madre, de un fuerte ataque, en los brazos de su desconsolado esposo.

Después de vivir sufriendo, murió al menos feliz.





AL clarear la mañana, cuando apenas el sol espacia sus dorados rayos y el perfume de la yerba verde embalsamaba el ambiente, refrescado por la suave brisa de la pasada noche, toda la estancia se ponía en movimiento, y aparecían en el campo los infelices esclavos mandados por el capataz, cumpliendo sus órdenes al pie de la letra.

Al principio todos trabajaban con ahínco; pero el calor que aumentaba y se hacía sofocante, mojaba las frentes de sudor, hacienda disminuir las fuerzas en aquellos brazos que, sin aliento, arrojaban lejos de si la pulida hoz. Mas entonces se erguía el látigo en viles manos, blandiéndose sobre las magulladas espaldas de los míseros trabajadores.

Nadie recordaba haber terminado el día sin oír el débil gemido de algún apaleado negro; el amo para ellos era una fiera, y sólo el mirarlo les inspiraba terror y espanto. Hombres eran aquellos faltos de corazón, que, a más de comerciar vendiendo carne humana, vivían a costa del trabajo, de las lágrimas y del sufrimiento de sus semejantes.

El mal trato hacia que los pobres esclavos se dejasen arrastrar por las malas inclinaciones y los vicios, resultando alguno de ellos verdaderamente despreciable, porque daban lugar a que en aquellos corazones ulcerados naciese el deseo de la venganza y de la libertad. ¡Oh tiempos aquellos de la esclavitud! Todo reflejaba en ellos lo inhumanos que eran los hombres y su falta de caridad.

* * *

En la estancia a que me refiero había una multitud de esclavos incapaces para los trabajos de aquella gran hacienda y de sus ingenios. Tomás, el más ruin de todos, era un negro que al solo nombrarlo brillaban de ira los ojos del capataz. En realidad no le faltaba razón para tratarlo como lo trataba; además de haberse embrutecido aquel hombre en todos los vicios era tan terco que habría preferido dejarse matar a palos antes de obedecer; tal era la repulsión que sentían por aquel abyecto ser, que su fama había cundido en los alrededores al extremo que en las escuelas a los niños perezosos y sucios bastaba decirles que parecían hijos del negro Tomas para que se corrigieran.

Muchos años después, cuando Lincoln dio libertad a la raza negra, existía todavía el último descendiente de Tomas. Llamábase Samuel y como hijo que era de mestizos tenía el color plomizo, de elevada estatura, cara gruesa y mirada de lince; tenía un aspecto repugnante.

Este hombre poseía el mismo carácter de Tomas, con la diferencia que en aquel cerebro se desarrollaba una excepcional inteligencia. Desde muy joven se había dedicado a la Filosofía y llego a ser una personalidad en la materia; odiaba a la raza blanca y por lo tanto deseaba su exterminio; sus doctrinas tenían un fondo criminal y perseguía el perfeccionamiento de la humanidad en el mal.

Con la fama que llego a tener logro introducirse en la sociedad, empezando su tarea por formar una secta masónica en la que, como gran maestro, enseñaba a cometer las infamias mas

grandes. Poco después se formaban cuadrillas de bandidos que robaban y asesinaban sin temor de ser descubiertos.

* * *

Mr. Lucinck, era uno de los que amasaba grandes fortunas fruto de su astucia y perversidad; adoraba al maestro Samuel porque con sus doctrinas había conseguido su bienestar.

Lucinck dió una fiesta en honor del gran filósofo Samuel a la que asistió lo más distinguido de la Sociedad; y aprovechándose de esto el maestro leyó una conferencia admirable que le valió mil aplausos y ovaciones.

Terminada la conferencia, Samuel logró escapar de los concurrentes y se fue a fumar a una apartada salita, mientras los caballeros de edad formaban grupos en los salones discutiendo acaloradamente sobre el filósofo.

George Pretti, a pesar de que su lugar estaba entre los jóvenes y damas que bailaban, quedóse en el grupo de Lucinck a discutir también, diciendo que él no estaba conforme con las doctrinas del sabio, y ayudado del que era su futuro suegro, logró convencer a todo el grupo exceptuando el mismo Lucinck que lo miraba desdeñosamente, haciendo vagar sobre sus abultados labios una sonrisa sardónica;

Apenas terminó George de hablar, Lucinck pidió permiso, y se retiró para ir a contar a Samuel lo que ocurría.

El biznieto de Tomas estaba cómodamente sentado en un mullido sillón, apoyado en una pequeña mesita; saboreaba el triunfo obtenido y contemplando la espiral azul del humo de su cigarro pensaba que el debía casarse para tener una compañera que le ayudase a propagar sus doctrinas entre las de su sexo, porque, según el, los hombres inventan los errores o las verdades y las mujeres las afirman y propagan.

Lucinck, con su presencia, arrebató sus risueños pensamientos, y al verlo le dijo:

-Adelante, mi querido amigo, al fin viene Ud. a darme las felicitaciones que tanto esperaba.

Lucinck, avergonzado por el olvido y estrechando la mano que le tendía contestó:

-Disculpeme, maestro, pero cuando iba a venir tuve un gran disgusto al escuchar en grupo a George Pretti, quien trataba de demostrar que las doctrinas de usted, eran nacidas del odio que usted tiene a la raza blanca cuya perdición desea. A lo que añadió después de un largo sermón, que como buen amigo les rogaba vieran primero en lo que terminaban los que seguían a usted para admitir sus doctrinas.

Samuel se echó a reír de las preocupaciones de su amigo al que pregunto.

-¿Por qué se preocupa, usted de esas tonterías?; ¿acaso George conseguirá su propósito?

-¡Oh maestro! Usted no sabe quién es Pretti - contesto -; hijo del general del mismo nombre que actualmente es Ministro de Guerra y prometido de la bella Fanny, hija del millonario Ayers, George se las da de gran hombre; a mí ya me tiene hechas algunas casillas de las que no me faltará ocasión de vengarme, así que le advierto se cuide de un enemigo que goza de gran influencia en el país.

El rostro de Samuel se contrajo. En los ojos se le notaba el disgusto que le causaba saber todas esas cosas; Lucinck, que inútilmente esperaba el parecer de su maestro, sentóse frente a él y prosiguió:

-Como prueba de lo que puede Pretti, tiene usted la palabra que le dieron sus amigos, apenas él la insinuó y lo convencidos que dejó a todos.

Samuel tiró bruscamente el cigarrillo y le dijo parándose:

-Vamos, y muéstrame al tal Pretti ha dado en que pensar.

George se disponía a abandonar los salones con Fanny y el padre de ésta, cuando llegó Lucinck para presentarles a Samuel, quien les insinuó se quedasen un tiempo más, pensando que podía sondear las ideas de George; pero este a pesar de ello no aceptó y dirigiendo una mirada de inteligencia a Ayers, quien hizo lo mismo, despidiéronse muy cortésmente y salieron llevándose a Fanny, que no dejó de protestar por el apuro.

Samuel, furioso por el desprecio que hicieron de su insinuación, pensó tomar venganza de todo lo que le hacía George.

Pasaron varios meses sin que Samuel consiguiese su propósito; por lo que un buen día Lucinck le hablo de esta manera:

-Veo, querido maestro, que no nos ocupamos de quitar de nuestro camino a Pretti, porque usted comprende que poco a poco se van retirando los que antes seguían vuestras enseñanzas, y todo esto es obra de nuestro gentil hombre; yo he meditado bastante sobre el asunto y no veo otro camino que el de robar a la novia para atraerlo, y en seguida hacer de él lo que nos parezca conveniente.

Samuel calló, pero Lucinck, que tenía ansias de vengarse, se prometió hacerlo todo él solo.

* * *

A las tantas noches, Fanny iba como de costumbre tranquilamente a la ópera, acompañada de George y su padre, mientras dos hombres penetraban cautelosamente en el parque de su casa y después de inspeccionarlo todo, se ocultaron entre los arbustos, sosteniendo el siguiente dialogo:

-¡Que mala suerte! -decía el de más edad -tocarnos a nosotros el número trece; nunca me he vista en semejante caso; recién me arrepiento de haber seguido al joyero Laparca en esta secta de la cual yo no había tenido noticia.

-No hay más remedio, mi amigo, -- prosiguió, contristado, el más joven -; Lucinck es un sinvergüenza; él es quien debe hacer lo que nos manda, pero ¡qué remedio!, esto, naturalmente, es preferible al martirio de la gota que si no cumplimos con lo prometido nos espera en la secta - y levantando la cabeza miró hacia afuera. Estaban en un poético parque, más la noche era oscura, muy a propósito para lo que se proponían. A los lados de la pequeña escalera que conducía a la puerta principal de la casa se alzaban los arbustos más tupidos, allí se trasladaron los dos amigos para esperar el regreso de Fanny.

- A las doce paró un automóvil delante de la reja, en él llegaban Fanny y sus compañeros. Cuando subían la escalera, los acechantes ocultos oyeron que George y Ayers se despedían de la muchacha, diciendo que se dirigían al club y salían de nuevo.

El momento se presentaba, pero los pobres diablos se atemorizaron y dejaron pasar la oportunidad, Fanny entróse y se oyó que echaba los cerrojos a la puerta.

Los dos hombres salieron de su escondite y el joven quiso forzar la puerta, pero el viejo lo detuvo, diciéndole que había meditado y que quedaba convencido de que ellos no eran sino instrumentos de un criminal, habiendo resuelto avisar a la policía denunciando a sus jefes para así librarse del castigo que les esperaba.

Así lo hicieron y al día siguiente Lucinck y Samuel amanecieron en la prisión para ser pasados después a la horca; mientras aquella tarde Fanny y George, sentados al pie de un frondoso árbol del jardín, ignorantes del peligro que habían corrido, contemplaban las bellezas de la naturaleza viendo en ellas sonreírles el porvenir.





DESDE la cima del monte Santa Lucia se divisa a lo lejos la hermosa finca a la luz diáfana de la luna, que poco a poco va extinguiéndose con el esplendor del día. Amanece.

Los pajarillos saludan el despertar del alba, juntando sus dulces trinos al murmullo del cristalino arroyuelo que corre sin cesar, como alegrándose de acariciar las flores del camino. Los gallos ya cantan, y los corderillos, en sus apriscos, esperan impacientes la llegada del pastor que les dará libertad sobre la verde y rociada pradera.

* * *

En la casa de hacienda, donde acostumbraba recrearse la familia de Javier, que en aquellos momentos atravesaba el jardín dirigiéndose a la caballería, para montar el brioso rocín que ricamente enjaezado tenía por las riendas el cumplido hilacata.

El día anterior Javier había recibido un telegrama, en que su hermana Luisa le comunicaba la grave enfermedad de su padre, y el consiguiente dolor de su madre. Apenas supo él la inesperada noticia resolvió su viaje sin demora, por ello había madrugado tanto.

Javier era hijo de un rico hacendado y de una noble y bella dama; no tenía más hermanos que Luisa, hermosa muchacha de 16 años.

Cuando llegó a su casa encontró que, reinaba en ella terrible confusión. Su padre se hallaba en los últimos momentos de vida, y por vez primera vió él en su corta existencia el espectáculo aterrador de la muerte. Luisa y su madre, sosteníanlo, porque ya había perdido las fuerzas y no podía incorporarse para dictar su última voluntad; el joven, desesperado, se arrojó a sus pies para recibir la última bendición; su padre se la dió con los ojos llenos de lágrimas y, recomendando resignación a su atribulada familia, exhaló el postrer suspiro.

* * *

Pasado algún tiempo, y después de haber arreglado los asuntos de su esposo, la viuda decidió retirarse al campo en compañía de su hija Luisa, dejando a Javier en la ciudad para que termine sus estudios de Derecho en la Universidad.

La señora Carmen educó celosamente a sus hijos y sus desvelos no fueron estériles, porque ambos poseían un corazón modelo, siendo especialmente Luisa una verdadera alegría de su hogar, por las virtudes que la adornaban; pronto se hizo querer muchísimo por los campesinos, para quienes ella era un hada bienhechora, pues siguiendo los nobles impulsos de su corazón, los socorría en todas sus necesidades.

Empezaba el invierno; los arboles perdían sus hermosos follajes, ofreciendo un triste aspecto la desnudez de los campos; en tanto que las golondrinas, dulces compañeras del labrador, esas obscuras mensajeras del recuerdo y del olvido, que cantara Becquer, huían en busca de otros nidos y de otros climas.

Los días y las aves se daban los cambiantes de su naturaleza, mientras la triste noticia de la muerte de Javier llegaba hasta sus lejanos parientes, sumiéndolos en profundo duelo. Uno de sus hermanos, que se hallaba alejado hacía muchos años de su lado, por tener que atender negocios en extranjeras tierras, quien se veía amargado por el carácter disoluto de su hijo, aprovechó de esa ocasión, para sacarlo del nocivo centro en que se hallaba, disponiendo que fuese a acompañar al campo por algún tiempo a su tía Carmen y a Luisa.

El joven, que se llamaba Humberto, tenía más o menos veinticinco años. Poseyendo cierto gesto altivo de dignidad, era realmente atractivo, pero muchas veces, como dice el proverbio, las apariencias engañan: aquel hombre que parecía bondadoso y distinguido, encerraba mucho mal en su joven corazón.

En casa de su tía fue acogido con muestras de gran cariño.

Se dieron mutuas noticias, unos instantes con frenesí y otros con dolor, pero siempre acompañados con la expresiva ternura y confianza de miembros de familia que se ven de algún tiempo. Durante la conversación se veía enrojecer a Luisa por momentos, sin embargo de la ingenua serenidad que se leía en el fondo de sus ojos, y todo era por el inveterado hábito de Humberto, que la miraba atrevidamente.

Algunos días después, Luisa debía ir a visitar a sus inolvidables pobres; mandó para, ello ensillar un caballo y Humberto sin que sea de su agrado la imitó, interesado en acompañarla.

Anduvieron largo tiempo sin dirigirse la palabra, pero Humberto rompió el silencio que hasta ese momento apenas era turbado por el canto de las aves; hablóle rendidamente del amor que la tenía, fingiendo también, como el solo podía hacerlo, a fuerza de costumbre. La inocente niña cometió el error de creerle, porque para ella la falsedad era completamente desconocida.

* * *

Aburrido por la monótona y tranquila vida de aquel lugar, Humberto decidió partir para la ciudad, donde contrajo amistad con su primo Javier, por encargo especial de su tía Carmen que ignoraba el verdadero sobrino que tenía. Contó a su primo que había pasado una temporada deliciosa con su familia, y alababa tanto la belleza e ingenuidad de Luisa, que aquel muchacho no pudo menos que ofrecerle su cariño y amistad.

Humberto aprovechó de tan galante compañía, sin separarse casi nunca de Javier; y para mejor hacerlo, pensó en complicarlo en sus habituales fechorías. Lo llevaba a los cafés, hoteles, casas de juego, arrastrando fácilmente al pobre muchacho en la vorágine de vicios en que Humberto tenía el placer de vivir.

Un buen día Humberto jugó el último resto de dinero que le quedaba de la remesa que su padre le hizo. Es verdad que ya se hallaba media embobado por la bebida así es que se encolerizó hasta no poder más, por haber perdido su último centavo, y como notase que se hallaba casi solo en la sala de juego, en la que no había más que su contrincante y Javier que dormía profundamente, sacó su revólver y disparó tres tiros sobre su contendor, dejándolo en el sitio. No se horrorizó tanto de su crimen como del peligro que corría, y lleno de miedo a la justicia, escapó inmediatamente, cometiendo la infamia de dejar cuidadosamente el revólver homicida en manos de su primo. Acudieron los de la sala vecina, y al explicar el suceso, nadie dudaba de que el asesino fuese Javier, a quién entregaron a la justicia, sin que supiera el defenderse, pues también se hallaba preso del vicio del alcohol. Lo condenaron a cuatro años de presidio, pero este plazo no llegó a cumplirse.

Al recibir la terrible noticia, la madre perdió la razón por el dolor y la desesperación, mientras Luisa, atontada, no podía explicarse semejante fatalidad.

Pero si la justicia humana es falible y llena de errores, la de Dios es siempre justa y muchas veces expiatoria.

Después del crimen, Humberto se dirigía otra vez a la finca de su tía, para consumir la perdición de aquella, familia, pues tenía intención de robar a Luisa y fugar con ella; para llegar a ella tenía que pasar un río, y como era tiempo de aguas, había aumentado de cauce y se hallaba de avenida; sin reparar en el peligro que corría se aventuró en su corriente en la que obligó a luchar a su animal más de media hora, hasta que al fin fue arrastrada la mula, dejando al jinete prendido de una piedra, donde pasó la noche; allí expió su crimen, viendo por momentos la muerte.

Al día siguiente a la madrugada unos arrieros lo recogieron; permaneció más de cuatro días en casa de estos, y poniéndose muy malo al quinto, arrepentido, se confesó, falleciendo poco después.

La madre de Luisa también murió loca, y esta que había, perdido sus ilusiones, horrorizada del crimen cometido por el hombre a quien creyó amar, ingresó de monja en un convento de claustro.

Javier, el desgraciado, volvió a ser el buen Javier de otros tiempos.





CÁIA la tarde dulcemente en el regazo del florido valle, con esa melancolía amorosa de todo atardecer. El horizonte segura aún sembrado de rubíes que circundaban con su púrpura al sol en el ocaso, mientras la brisa había arrancado parte del alma a las flores, haciéndolas palpar en sus ligeras alas, y repartiendo al mismo tiempo su perfume en el ambiente. La enramada ocultaba el acariciador nido de dulce tortolita, en tanto que se oía el choque de agua de alguna no muy lejana cascada que con su loca algarabía daba vida a aquel paisaje...

Todo el que veía ese aislado rincón de la naturaleza, quedaba admirado por su hermosura, sobre todo el viajero que recorría la pesada y árida senda que allá conducía, creía ver un prodigio o ser víctima de una alucinación, tal era el brusco cambio que se experimentaba, al pasar de las crispadas serranías a aquel exuberante bajío, que brindaba su clima sano y su aire puro al delicado convaleciente, así como sus delicias y encantos a los fatigados mortales que buscan refugio para su espíritu.

Por una senda, en que el tejido espeso de la arboleda había formado verde dosel, caminaba lentamente, con paso vacilante y trémulo, una muchacha de palidez enfermiza; estaba vestida de blanco con sencillez y elegancia; era esbelta y bella, mas su ademán iba impregnado de tal languidez y molición, que bien se podía notar la falta de salud completa.

Sus ojos grandes y negros no tenían el fulgor y la viveza que a su edad adquieren; estaban velados por profunda tristeza y su mirada era completamente vaga. Por lo demás, el conjunto de su rostro, una nariz perfilada, una boca algo grande pero graciosa, y la frente altiva nimbada por rizada y abundante cabellera, tenía la expresión del dolor por el rictus que sus labios contraía. En ella no había vida, parecía una estatua de mármol; aquella cabeza no pensaba, era, una flor truncada en la alborada de su existencia, porque Azucena, que así se llamaba, era clemente.

* * *

En otro tiempo, cuando sus padres vivían, y ella era dueña de su razón, había sido muy feliz; hija única de un joven y dichoso matrimonio, fue educada entre el lujo, el mimo y la riqueza; adorada por sus padres y envidiada por las jóvenes de su edad, a los diez y ocho años fue la reina de los salones, edad también en la que, habiendo encontrado al príncipe de sus sueños, iba a entregar su blanca y aristocrática mano, dando un baile en su regia morada.

Aquel día fue el fin de su dicha; mientras se hacían los preparativos para la fiesta de la noche, se declaró un terrible incendio, donde murieron sus padres y la servidumbre, habiendo sido ella salvada por su novio, a quien le hubiera valido más verla muerta, porque en aquella catástrofe dejó su razón, volviendo a la vida sin ella.

Sus parientes no quisieron hacerse cargo de la infeliz, y llamaron a la mujer que había sido su ama para encomendarle el trabajo de cuidarla. La anciana y buena Elena gozosa consintió en ello, siendo ella quien la llevó a aquella pintoresca campiña, donde Azucena, lejos del bullicio mundano, pasaba una vida tranquila, en medio del cariño que le profesaba la anciana Elena, ternura que aumentaba el dolor de ver en aquel estado a la niña que años atrás había amamantado con mimo maternal.

* * *

Sobrecogido por aquel suceso, extraordinariamente trágico, con que quiso el destino quitarle a su futura esposa, Raúl Veyan quedó sumido largo tiempo en el más profundo abatimiento; quería a Azucena con locura y no se conformaba con lo que acababa de suceder; consultó a las más eminentes personalidades médicas, y todos dieron el mismo diagnóstico: no había remedio para su pobre novia. Desesperado, entonces, maldijo su alcurnia y su riqueza y apoyado en su juventud y amor, partió para Europa, donde dedicaba su vida al estudio, queriendo arrancar a la ciencia el secreto que debía volver la razón a Azucena, especializándose para esto en enfermedades de la cabeza y trastornos mentales.

Aquel joven, que antes no viera más allá de lo presente, y no pensara más que en lo superficial de la vida, creyendo que su existencia debía deslizarse feliz por el mundo, satisfaciendo sus deseos y caprichos, hallábase completamente transformado; en su mente no había más que una sola idea, y por alcanzar su realización no escatimaba medio alguno; su fortuna, su salud, su inteligencia, su juventud, todo lo consagró a ella pasaba sus días encerrado en su laboratorio, del que no salía sino para visitar hospitales y manicomios.

Así, al cabo de algún tiempo, sus esfuerzos no resultaron estériles; en aquellos grandes centros se le consideraba ya como un genio, pero el, sin preocuparse de su fama, persistía en sus trabajos con mas ahínco, creyendo ya próxima la meta de sus sueños.

Elena era la que lo informaba sobre el estado de Azucena; por medio de ella sabía Raúl que su novia, a pesar de hallarse completamente privada de la memoria, en sueños repetía constantemente su nombre y esto era para él un gran consuelo así como también le daba aliento para su empresa. ¡Cuántas veces al sentir el deseo de asistir a los teatros, como apasionado amante que era de la música, se reprimía pensando que más tarde volvería con ella ya sana, y entonces todo le parecería mejor!

* * *

Al fin Raúl volvió a su país, donde ya había llegado su fama, que se hacía mundial; su primer cuidado fue visitar a Azucena, y por esto, sin hacer caso de los halagos que se le prodigaban, partió al campo.

Allí la volvió a ver, y sus sufrimientos renacieron al contemplar aquellos ojos amados, que no daban muestras de reconocerlo; entonces, lleno de fe, comenzó, con ayuda de la invariable Elena, el tratamiento a que debía sujetar a su novia, y día tras día, contando con zozobra las horas y minutos, esperaba el resultado de sus sacrificios.

Este no tardó en llegar, y un día en que a su presencia Elena hacia almorzar a Azucena, en la terraza llena de flores de la casita donde habitaban, el rostro de esta se animó, miró extrañada a todos lados, y reconociendo a su novia, paróse cual lo hiciera una sonámbula, lo miró detenidamente, creyendo quizá engañarse, y echándole los brazos al cuello murmuró su nombre; mas, como fuera demasiado dura la impresión, cayó desmayada dando un grito en brazos de la asombrada, Elena.

Raúl comprendió que estaba salvada, pero creyendo que su presencia, podía avivar en aquella débil mente los recuerdos del pasado, trayendo fatales consecuencias, decidió alejarse de su lado por algunos días, mientras Elena preparaba el ánimo a Azucena para volver a reunirla con su novia, de quien ya no se separaría más.

.....
Aquella tarde en la que hemos visto pasear a Azucena, a la luz del vespertino crepúsculo, sentíase ella muy tranquila; hacía una semana que había recobrado la, razón, y sabía que al día siguiente debía ver a Raúl; ensimismada en sus dulces pensamientos, salió del límite de su paseo,

y se fue a la cascada. De pronto un fulgor de incendio, que semejaba en las aguas las luces del crepúsculo, avivó en su febril imaginación aquella deplorable catástrofe de su vida; sintió un eco de tormenta en su dormido cerebro, creyó que lo sucedido en los últimos días había sido un sueño y volvieron las tinieblas a su mente.

Allí batallaron fantasmas imaginarios con su razón y como esta se hallara débil, vencieron los primeros, entonces Azucena vió en las fosforescentes aguas a sus padres y a Raúl que la llamaban, y presa de la fiebre se arrojó en aquellos terribles remolinos que pronto sepultaron su cuerpo.

Fue tan rápida la caída, que Elena, a pesar de que no estaba muy lejos de ella, llegó tarde para poder impedirla; a sus voces acudieron varios campesinos, los que con mucho trabajo lograron sacar a Azucena, la que aun contaba algunos momentos de vida.

Cuando ya las sombras de la noche cubrían el valle murió en brazos del desconsolado Raúl a quien dijo ella con santa resignación, antes de expirar:

«Esposo mío, se los sufrimientos que por mi has pasado; se los sacrificios que te has impuesto por salvarme; salvada estoy; y a ti te lo debo, pero aun tu obra no es completa; muchos desgraciados como yo necesitan de tu ciencia y de tu amor; a ellos dejo yo mis bienes, ve tu también en su auxilio, que yo rogare por ti ».

Raúl cumplió los deseos de su amada y reuniendo sus bienes con los de ella, fundó hospitales y dedicó el resto de su vida a socorrer a los míseros mortales, no abandonando ni un momento el recuerdo de Azucena.





APOYADO en su escritorio y la cabeza entre las manos, Juan Antonio meditaba. El tiempo pasó fugaz por su lado, dejando huellas imperecederas en el cerebro y en el alma. Ya las canas platearon su cabellera y el cuerpo le pedía la calma que el espíritu intranquilo le arrebatava. Nó, el no había dormido los cien años que durmiera el "Rip Rip" de Nájera; ¡el había vivido tanto... tanto! Quizá más de lo necesario y, sin embargo, ¡cuántas cosas increíbles pasaban por su vida!

Su esposa de antaño, -aquella lady extravagante, a quien le dió su nombre un día, y que otro, apenas pasados dos años del primero, deshizo su hogar sin muestras de buenos sentimientos, apelando al tribunal que declaró el absoluto divorcio --, ahora pasaba por su lado sin que de conocerlo diera señas, llevando por detrás una niñera que en un coche arrastraba un nene tan robusto y sonrosado como el nuevo esposo de su madre... Y pensar que al otro lado de los mares, existían dos seres, privados de las caricias que su madre prodigaba a otros niños que, sin los adelantos de la juris-prudencia, no deberían haber venido al mundo...

* * *

Hacia ya algún tiempo que en Europa vegetaba la madre de Juan Antonio. Conservando en pleno siglo XX, con invencible terquedad las costumbres de su época, 1800, moraba alejada de los adelantos del mundo, a orillas del mar, en el castillo de sus antepasados, donde el tiempo empezaba a colgar negros crespones y a cubrir de yedra las viejas paredes. Cual un alma en pena vagaba por las amplias galerías su altiva silueta, cargando ella sola su orgullo desmedido y su odio profundo hacia toda evolución humana, sin que su impotencia consiguiera desarmarla. Vivía sus últimos días, como había vivido los primeros, respirando tan sólo sus tradiciones, añorando el pasado y repudiando el presente; tales eran las causas, por las que aquel espíritu, excesivamente conservador y rutinario, no perdonaba a su hijo el gravísimo pecado, que tal le parecía, a ella, de su matrimonio y divorcio, con aquella excéntrica mujer de diferentes costumbres y raza.

Mas, a pesar de que su corazón no perdonaba, la antigua dama, viendo que se extinguía su estirpe, quiso educar ella a los dos hijos de Juan Antonio; pero, no hallándose capaz de combatir los caracteres de sus nietos, mandólos al colegio, donde tan sólo le era permitido verlos de vez en cuando.

Y así se deslizaba aquella existencia monótona, entre las paredes de su vetusta morada, donde la yedra seguía enredando las piedras sillares, y los heráldicos grifos cubríanse de verde musgo, en tanto que el viento, en eterno silabeo, se llevaba la simbólica leyenda de sus glorias.

* * *

Años más tarde, la antigua dama vió desplomarse su castillo y sintió con ello que también se extinguía su vida. Murió con el corazón lacerado de dolor, al verse vencida. La calma y la tranquilidad habían desaparecido de aquella romántica morada, que la civilización implacable transformó en un balneario de moda... Y los nietos de la señora edificaron sobre sus ruinas, un hermoso palacete con todo el confort moderno.

Aquel día hallábase Frezia tendida entre mullidos cojines de rica seda, en el "chaisse-longue" de su elegante saloncito. A pesar de que afuera los rayos del sol alumbraban, aunque en agonizante despedida, con rojizos fulgores, el campo, el mar y la playa, los balcones de aquella, habitación tenían tapadas sus vidrieras por las colgaduras de ricos tapices y, por extraño capricho de la niña, ardía a su lado una lamparilla de laca de opaca luz azul, colocada en una monísima mesita turca. Seguramente, no hacía rato se entretenía leyendo, porque su mano conservaba un librito, en el que, en doradas letras, se leía el nombre de Rubén el Poeta; pero entonces, sus grandes ojazos, que copiaron al mar su verde profundo, vagaban por entre los gobelinos de los muros, como si quisieran revivir en su imaginación esplendores de tiempos pasados, mas no debían ser risueños sus pensamientos, porque profunda expresión de abatimiento se retrataba en su rostro y amargo rictus de dolor contraía sus labios.

Abandonada a su albedrio aquella cabecita de rubia melena, e influyendo también en ello la extraña educación que había recibido, era un verdadero misterio para quienes no sabían profundizarla. Ella que no había gustado la paz ni el cálido amor del hogar, se vió frente a la vida al salir del colegio; y, teniendo que gobernarse por sí sola, siguió con solicitud la educación de su hermano menor, Marcelo, y administraba con maestría la cuantiosa fortuna que heredara de su abuela, despreciando los trabajos inútiles de su tutor. Aquella muchachita, llevaba en si todo el orgullo de los suyos, y no podía conformarse a la idea de que Marcelo no correspondiese a los cuidados que ella, como pequeña madrecita le prodigaba, y siguiera por la resbaladiza pendiente que pronto lo arrastraría a la depravación.

Esos eran los dolorosos pensamientos que la martirizaban aquel día. Dos golpecitos dados discretamente en la puerta la hicieron levantar del "chaisse-longue" en que descansaba. Era la doncella que anunciaba una visita.

Frezia se trasladó al severo y señorial salón de la casa, donde la esperaba un distinguido y apuesto joven.

Después de los saludos, sentáronse uno frente a otro y empezaron a conversar.

-Gracias por haber venido, amigo mío -, díjole ella -; necesito tanto de su ayuda que me tome la libertad de llamarlo.

-Ya sabe usted, Frezia, que complacerla es mi mayor deseo; hable que soy todo oídos.

-Jorge, usted es muy amigo de Marcelo, mi hermano, ¿verdad?

-Sí, mas desgraciadamente desde hace tiempo no gozo de su confianza...

-Eso no me extraña, -replica ella con amargura -tampoco ahora la deposita en mí; rara, muy rara vez me habla y cuando esto sucede parece muy turbado, ¿usted quizá pueda darme una solución de este cambio?

-¿Qué quiere usted Frezia que le diga? La edad de Marcelo, luego...

-¡Oh! no trate usted de disculparlo, bien comprendo yo que no es un buen camino el que lleva; por eso y sabiendo el afecto que por usted siento lo he llamado, para rogarle me ayude a salvarla con sus consejos, puesto que de los míos ya no hace caso. -Frezia, no pudiendo disimular por más tiempo su dolor, deja escapar de sus pupilas amargas lágrimas.

Jorge compasivo exclamo:

-Por favor, señorita, no desespere; Marcelo es bueno.

-Era muy bueno, Jorge, y ahora mismo, me sería muy difícil dudar de su corazón, pero es preciso poner una valla a sus locuras; necesita una mano de hierro que lo contenga. ¡Oh si tuviera a su lado a un padre!

-- Y cuál es el motivo por el que no lo envía usted a Estados Unidos a reunirse con él?

-Usted no está en antecedentes para hacerme una pregunta que tan dolorosa es para mí contestarla; pero, puesto que mis palabras necesitan una explicación, escúchela usted, Jorge. Yo nunca me he confiado a nadie y es usted quien ha sabido comprenderme, la única persona que escuchara de mis labios esta confesión. Usted sabe que son erróneas todas las maneras con que me juzga la gente, pues si he heredado a mi madre su manera de proceder, también tengo de mi padre su nobleza y orgullo; ellos pretenden, como mi abuela pretendía, que yo reniegue de los que me dieron el ser; mas no soy yo la que tenga que juzgarlos, y aunque la horrorosa certidumbre de su abandono me haga pensar que mil veces más dulce hubiera sido llamarse huérfana, sabiendo que ellos desde la tumba velan por sus hijos, no por ello desconoceré que son mis padres, y es este mi orgullo el que no me permite que vaya a reunirme con ellos, puesto que formando otros hogares han borrado nuestro recuerdo.

-Discúlpeme, Frezia, no ha sido mi objeto despertar en usted recuerdos tan dolorosos; he sido muy imprudente; pero la confianza que ha tenido conmigo en estos momentos y de la que le estoy muy agradecido, me autoriza para hacerle a usted otra confidencia... Sus palabras la realzan más aun ante mis ojos, Frezia, y el amor y admiración que mi corazón siente por usted se exaltan. Es muy largo el plazo que me dió para darme la contestación que decidirá de mi suerte; adelántelo usted y así, unidos los dos, seremos más fuertes para salvar a Marcelo.

-También yo he pensado eso, Jorge, pero es que yo no lo amo, ¿y a qué, dígame, repetir la tragedia que liquidó mi hogar?... Tenga paciencia, quien sabe si más adelante...

La doncella que entraba muy agitada los interrumpió.

-Señorita, -dijo -, la llaman por teléfono de la asistencia pública; parece que algo grave ha ocurrido al señorito Marcelo.

Frezia se puso lívida, miró a Jorge con desconsuelo, y dirigiéndose a la doncella le dijo:

-¡Mi abrigo y un sombrero sin perder tiempo! Diga a Justino que prepare el auto.

-No me parece conveniente que vaya usted, Frezia, -dijo Jorge -; deje que yo vaya en su lugar.

-Gracias, Jorge, mas mi presencia allí es necesaria, ¡Quien sabe si está muriendo!

-Permítame, por lo menos, que la acompañe.

-Se lo iba a pedir.

Pocos momentos después, por la amplia avenida de tilos que conduce al palacete, salía vertiginosamente un "Pakar" con dirección a la ciudad, y apenas los que en el iban llegaron a su destino, encontraron que Marcelo había muerto.

* * *

Aquel día fatal en que Frezia vió tendida en la ancha mesa de mármol la rígida silueta de Marcelo que, dibujada por el paño que la cubría, se destacaba en media de aquel anfiteatro, sufrió acerbo dolor; allí se quedaba su único cariño, lo único que en el mundo apreciaba y, apropiándose de la responsabilidad de aquella muerte que en modo alguno le tocaba, sintió que desvariaba su

razón y la fiebre abrasaba su frente. Y una noche, mientras la luna jugaba entre las suaves ondas de las aguas del mar, entre aquella calma donde bordan hilos de irradiante luz entre rítmicos movimientos, fulgores de plata, reflejos metálicos, transparencias deslumbrantes, desde una muy alta y negra roca, una mujer se arrojó hacia las profundidades eternas, no dejando tras su desaparición sino una estela vaga en la que se formaban círculos concéntricos, figuras nunca vistas, a semejanza de armiño, que al tomar parte en el concierto del rizado oleaje, fue a estallar al pie de la negra roca, único testigo de la muerte de Frezia.

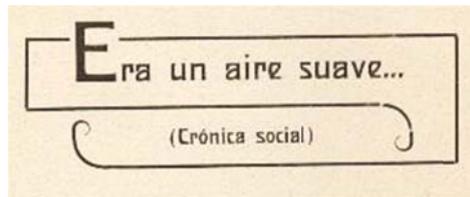
* * *

Juan Antonio meditaba, mientras afuera el cielo, teñido de los tintes del ocaso, coloreaba las cúpulas gigantescas de la ciudad de los rascacielos... Ya era hora. Abrióse con cuidado la puerta del escritorio y entró una mujer de sorprendente belleza. La afelpada alfombra amortiguaba sus pasos y Juan Antonio no la oyó entrar, pero bien pronto sintió sobre su afiebrada frente las caricias de aquellas manos de seda. Su primera mirada para ella fue hostil, pero bien pronto se dulcificó al oír que sus labios le decían:

-Juan Antonio, la tristeza acabara contigo, no eches de menos lo que no volverá, ni perturbes las fugaces horas presentes con recuerdos amargos que debes destruir en vez de consagrar.

El besó aquellos labios que le daban consejos irrealizables y, colocando sobre los hombros de su hada, la capa de rica cibelina que dejara ella caer, la siguió por senderos que le prometían hacerle olvidar.

-11- Violeta de oro.



DESDE la entrada se oye la agradable música de un fox-trot; las parejas se balancean al compás de ella. En cada memoria renacen las dulces horas pasadas en otras matinées juveniles y alegres. Al llegar al hall se sienten los suaves pasos del baile que se deslizan como gusanillos de seda.

El ambiente está embalsamado de exquisitos aromas, que despiden los ramos colocados allí.

Quienes llegan un poco atrasados apresuran el paso, temerosos de perder el último baile. Dirigen una interrogativa mirada, al espejo, y después de arreglarse convenientemente, confiados en su apostura de conquistadores de ojos y sonrisas, entran en los salones, saludan y felicitan a María Carmen, que acompañada de papá hace las atenciones de casa. Vestida de negro, Carmelita sonríe con ternura angelical, exaltando los tonos marmóreos de su alba cutis en el contraste de sus ojos negros. Prodigas esmeradas atenciones, dejando en cada corazón un poco de cariño.

Y el baile continúa en el aire suave del ambiente y de la música. Cada muchacho se apresura a buscar a la niña de su ensueño, y cuando no la tiene en cadena entre sus brazos a la que se halla libre y al paso, para luego desaparecer entre la danza loca de la juventud.

* * *

Yo, que aun bailo poco, me distraigo con Jorge, el Cyrano de nuestros barrios, escuchando sus exquisitas galanterías. Anotamos el creciente entusiasmo. El fox cede sus notas al vals; y todas las parejas se dejan llevar por los encantadores y cadenciosos acordes de la orquesta. Los danzantes forman y deshacen presto círculos concéntricos, como mariposas que dieran vueltas alrededor de un rosal. Los más sentimentales parecen extasiarse en idealismos superiores, saturados de sublimes evocaciones del corazón.

Entretanto, yo escucho atentamente al buen Cyrano que desde hace un momento me regala con la bella poesía «Era un aire suave...» de Rubén Darío. Y llega a esta estrofa.

La orquesta perlabo sus mágicas notas
un coro de sonos alados se oía;
galantes pavanas, fugaces gavotas
cantaban los dulces violines de Hungría.

Al oír las quejas de sus caballeros
ríe, ríe, ríe, la divina Eulalia;
pues son su tesoro las flechas de Eros
el manto de Chiripa, la rueca de Onfalia.

Una risita delicada y fina corta mi entusiasta atención. Levanto la vista y me encuentro con la altiva y elegante Frida Kommert, y paréceme ver en ella la divina Eulalia. Viste un elegante aunque sencillo traje color champaña, que luce admirablemente en su talle aristocrático. Y Cyrano sigue:

Tiene azules ojos, es maligna y bella,
cuando mira, vierte viva luz extraña;
se asoma sus húmedas pupilas de estrella
el alma del rubio cristal de champaña.

La rueda formada por las parejas continúa sus flujos y reflujos, cuando de pronto veo frente a mí a la simpática y espiritual Celeste Pérez del Castillo. Me detengo súbitamente, atraída por la claridad de sus grandes ojos celestes, que no parecen sino ser los inspiradores de aquella estrofa:

Es noche de fiesta, es baile de trajes,
ostenta su gloria de triunfos mundanos
la divina Eulalia vestida de encajes
una flor destroza Con sus tersas manos.

Y leo, una vez más la inspiración del poeta en la graciosa y gentil Aida Castillo Nava que, vestida de encajes da cierto relieve italiano a su esbelta figura, tan pródiga en exquisiteces esculturales. Baila primorosamente, al mismo tiempo de conversar con su caballero, que la lleva cerca de un jarrón de flores, arrancando una margarita que ella se la pone en el pecho.

El teclado armónico de su risa fina
a la alegre música de un pájaro iguala,
con los staccati de una bailarina
Y las locas fugas de una colegiala.

Ernestina Saenz, con el divino gesto de sus misteriosas sonrisas deleita a un grupo de muchachos, que la escuchan con fervor. Sin duda algún picaresco cuentecillo... pues que, de vez en cuando, el selecto grupo deja escapar elocuentes y sonoras carcajadas. Invitada a bailar, arrebatánla de mi vista, que se contenta desde aquel momento contemplando su hermoso traje azul, que flota en su contorno como pedazos de cielo.

Al compás de un canto de artistas de Italia
que en la brisa errante la orquesta deslíe,
junto a los rivales la divina Eulalia.
La divina Eulalia ríe, ríe, ríe

Cristina Contreras, como seductora soberana, juega con la melancolía natural de sus hermosos ojos. Bailando a ratos, pero la mayor parte está entretenida en ininterrumpible conversación con un simpático galán.

¿Fue acaso en el tiempo del rey Luis de Francia
sol en corte de astros en campos de azul?
¿Cuándo los alcázares llenó de fragancia
la regia y pomposa rosa Pompadour?

En un intervalo en que la orquesta deja de arrancar los dulces acordes de la música, Rosa Iturralde vuelve del brazo de un apuesto joven y toma asiento a mi lado, dándome ocasión de apreciar su admirable y no cansada facilidad de "causeur". Anotaba puntualmente sus finos y delicados modales, mientras el olvidado Cyrano sigue haciéndome gustar la brisa errante del viejo Darío.

¿Fue cuando la bella, la falda cogía
con dedos de ninfa bailando el Minué
y de los compases el ritmo seguía
sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?

Y como hace mucho calor me voy a la ventana para tomar el fresco de la tarde con mi simpático acompañante. Allí encuentro a Violeta Montes vestida de verde, que se halla en un momento atrayente, pues nunca la había visto más bella. La saludo con frenesí y en lo más gentil de su expresiva correspondencia, déjame estrechar su hermosa boquita roja contra mis dos mejillas. Poco después se aleja para tomar parte en el baile.

¿O cuando pastoras de floridos valles
ornaban con cintas sus albos corderos
y oran divinas tirsas de Versalles
las declaraciones de sus caballeros?

Seguía el baile y la bella Isabel Bustamante, se acerca a nosotros. Siéntase rendida por el one-step. Lleva un primoroso vestido color fresa, y en su angelical carita se nota la expresión indisimulable de gozo. Mientras yo sigo escuchando las últimas estrofas de Darío.

¿Fue en un buen tiempo de duques, pastores,
de amantes, princesas y tiernos galanes,
cuando entre sonrisas, perlas y flores
iban las casacas de los chambelanes?

Llegase entonces mi graciosa y picaresca primita Lily, que ayuda en sus atenciones a María Carmen, escapando de rato en rato para bailar tan delicadamente como ella sola sabe hacerlo. Era quizá la mariposilla más entusiasta del jardín.

Luego nos hace saber que podemos pasar al comedor; yo quedo un momento mas, para oír la única estrofa que faltaba.

¿Fue acaso en el norte o en el mediodía?
Yo el tiempo y el día y el país ignoro.
Sólo sé que Eulalia ríe todavía.
Y es cruel y es eterna su risa de oro.

Pasamos enseguida al comedor, que tenía un bello aspecto de rosas y jazmines, esparcidas en grupos que semejaban un conjunto encantador de hadas. Y eran ellas: Carmen Bustamante, Cristina Aramayo, Rosa Saenz, Angélica Kommert, Julia y Graciela Ascarrunz, Lily Prudencio, María Dolores Gutiérrez, Zaida de la Riva, Transito Chinel, Alicia Contreras, Lily Reyes Ortiz, Alina Pinedo y Blanca Rosa Estenssoro.

Grupo tan selecto, se hallaba rodeado de la más distinguida juventud. Pasaban de treinta, y hacían exquisitamente la corte, con ese entusiasmo y fe que ellos solos han sabido heredar del inmortal Quijote, flor y nata de la humanidad.

La fiesta duro hasta las nueve y cuarto, habiendo finalizado con un bien ejecutado baile de nuestra pequeña y bella artista, que no otro primoroso apelativo merece Adita Carvajal.

